

ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA

¿HÉROE O VILLANO?

SALVADOR RANGEL ABUD



EL HOMBRE QUE MÉXICO NECESITABA ODIAR

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Xalapa, 1794. Nace un niño que a los dieciséis años decide que el ejército es su único camino. A los ochenta y dos muere en un cuarto de vecindad de la Ciudad de México sin que su país encuentre el momento de despedirse.

Entre esos dos extremos: once presidencias, tres guerras, una pierna perdida frente a los franceses, una firma bajo coacción en Texas, la pérdida de la mitad del territorio nacional, una Alteza Serenísima, diecinueve años de exilio y un decreto que lo declaró Traidor a la Patria.

Antonio López de Santa Anna. Héroe o villano, es una novela didáctica de historia de México que se pregunta lo que los libros de texto no preguntan: ¿quién decidió que Antonio López de Santa Anna era el culpable de todo lo que salió mal, y qué necesitaba México que lo fuera?

La historia se construye en dos planos que se alternan a lo largo de ocho capítulos. En el primero, los personajes reales del siglo XIX viven desde adentro los momentos decisivos: la campaña de Texas, la batalla de La Angostura, la negociación de La Mesilla, el exilio en Nassau. En el segundo, Rodrigo Sandoval, estudiante de historia en la Universidad Veracruzana, busca fuentes primarias a medianoche y descubre que lo que aprendió en la secundaria no resiste el contacto con los documentos reales.

Esta novela no es una defensa de Santa Anna. Es una defensa del método: la diferencia entre condenar y entender no es una diferencia de simpatía, sino de rigor. Y esa diferencia, aplicada a la historia de México, produce preguntas que incomodan mucho más que cualquier respuesta fácil.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene historia de México narrada sin nostalgia ni heroísmo fácil, un general que cometió errores graves y que de todas formas fue cuando México lo necesitó, una firma bajo coacción que el propio gobierno mexicano declaró inválida y que la historia usó como prueba de traición, una guerra planeada en Washington antes de que ningún mexicano tomara ninguna decisión, y un Himno Nacional encargado para glorificar a quien la historia oficial llama traidor. No contiene villanos de opereta ni héroes sin mancha. Sí contiene la pregunta que México lleva más de un siglo evitando responder con honestidad: ¿qué diferencia hay entre un traidor y un hombre que gobernó un país sin quilla en una tormenta que alguien más había preparado?

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

En *Antonio López de Santa Anna. Héroe o villano*, su formación en salud pública, en administración de hospitales y en sistemas de salud, su experiencia observando cómo las instituciones fallan por razones que nunca son accidentales, y su conocimiento de la historia política de México confluyen en una novela didáctica que no pretende rehabilitar a un personaje sino enseñar a leer la historia con los documentos en la mano y los veredictos en suspenso.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: *Antonio López de Santa Anna. Héroe o villano*

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela didáctica / Ficción histórica / Novela política

Estructura: Prólogo + 8 capítulos + Epílogo

Ambientación: México, Texas, Washington, Nassau, Staten Island — 1794-1876 y presente

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que me hice mientras revisaba documentos del periodo santanista para otro proyecto: ¿por qué el gobierno mexicano de 1836 declaró inválida la firma de los Tratados de Velasco porque fue hecha bajo coacción, y al mismo tiempo esa misma firma se convirtió en el principal argumento de la acusación de traición?

Las dos cosas no pueden ser verdad al mismo tiempo. O la firma valía, y entonces había que evaluarla en su contexto de coacción. O no valía, y entonces no había traición. El gobierno eligió una tercera opción que no existe lógicamente pero que existe políticamente: declarar la firma inválida hacia afuera y usarla como prueba de traición hacia adentro.

Esa contradicción nunca fue resuelta. Solo fue enterrada bajo ciento ochenta años de repetición.

Esta novela no resuelve la contradicción. La muestra. Y deja que el lector decida qué hacer con ella.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

Santa Anna · México · historia del siglo XIX · traición · patriotismo · guerra México-Estados Unidos · Texas · San Jacinto · La Mesilla · Himno Nacional · novela didáctica · ficción histórica · historia política · independencia de Texas · novela en español · Xalapa · Veracruz

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora a lo largo de sus ocho capítulos la diferencia entre condenar y entender en historia, el mecanismo por el que las sociedades construyen culpables para explicar sus catástrofes colectivas, la distinción entre corrupción y traición como categorías históricas que no son intercambiables, la guerra México-Estados Unidos como conflicto planeado en Washington antes de que México tomara ninguna decisión, la firma bajo coacción como acto de supervivencia que no puede equipararse a un acto de traición, el Himno Nacional como instrumento de propaganda que sobrevivió a su propósito y se volvió patrimonio genuino, y la historia como conversación entre los que ya no pueden hablar y los que todavía tienen que decidir qué hacer con lo que escucharon.

El epílogo, "La pregunta que tú tienes que responder", no entrega un veredicto. Entrega un método: antes de juzgar a un personaje histórico, preguntarse qué sabía él cuando tomó cada decisión que yo sé ahora y él no podía saber, qué opciones reales tenía en ese momento con esos recursos y esas presiones, y a quién le sirve el juicio que estoy a punto de pronunciar.

CITAS DESTACADAS

"Me sumé al lado que va a ganar. Igual que tú vas a hacer antes de que acabe el mes."

"Un hombre vivo puede firmar documentos. Un hombre muerto solo puede ser un mártir, y México ya tiene demasiados."

"Señor mío, cuando el poderoso tiene interés en poseer lo ajeno, lo paga bien."

"Justificar esta orden me va a perseguir el resto de mi vida. Lo sé. Pero mis hombres necesitan comer más de lo que la historia necesita su victoria."

"Extraño el país que pudo haber sido. El que tuve en las manos varias veces y no supe sostener."

"La historia que se recuerda fácil no es necesariamente la historia que enseña bien."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *El hombre que México necesitaba odiar* un territorio narrativo cercano, con el anclaje histórico mexicano y la densidad política que le son propios.

Arturo Pérez-Reverte (*El capitán Alatriste*, *La tabla de Flandes*): la prosa directa, los personajes que quieren algo concreto y lo dicen, la historia como campo donde las ideas tienen consecuencias físicas.

Mario Vargas Llosa (*La fiesta del Chivo*, *Conversación en La Catedral*): el poder como tema central narrado sin ingenuidad, el narrador que piensa con la cabeza de sus personajes, la pregunta de cuándo un hombre que gobierna bien deja de tener el derecho de gobernar.

Hilary Mantel (*Wolf Hall*): la historia como presente que se vive desde adentro, los personajes históricos como seres con agenda propia, la política narrada con la textura de lo cotidiano.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela es la primera que toma a un personaje histórico real como centro del argumento para demostrar una tesis pedagógica sobre el método histórico: no lo que fue, sino cómo sabemos lo que fue y quién decidió que lo supiéramos así.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El gobierno mexicano de 1836 declaró inválida la firma de los Tratados de Velasco porque fue hecha bajo coacción, y al mismo tiempo esa firma se convirtió en el principal argumento de la acusación de traición. ¿Pueden ser verdad las dos cosas al mismo tiempo? ¿Qué dice esa contradicción sobre la manera en que México construyó su narrativa histórica?

Santa Anna negoció La Mesilla rechazando vender Sonora, Chihuahua y Baja California cuando Estados Unidos lo ofrecía todo. La historia lo recuerda por lo que vendió, no por lo que se negó a vender. ¿Es eso un error de la historia o una decisión sobre qué recordar?

Tornel construyó durante treinta años la imagen pública de Santa Anna con una eficiencia que los historiadores comparan con la mercadotecnia política moderna. ¿Cambia eso la realidad de las victorias de Santa Anna? ¿Cambia nuestra manera de evaluarlas?

La retirada de La Angostura sigue siendo debatida: ¿fue traición, incompetencia o la única decisión posible dado el estado real del ejército? ¿Qué información necesitaríamos para responder esa pregunta con honestidad?

Rodrigo concluye que la diferencia entre condenar y entender no es de simpatía sino de método. ¿Está de acuerdo? ¿Hay casos en que entender equivale a absolver, o son siempre cosas distintas?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Antonio López de Santa Anna. Héroe o villano*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Antonio López de Santa Anna. Héroe o villano*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Antonio López de Santa Anna. Héroe o villano*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica y la novela didáctica contrafactual de historia política.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

México ha necesitado villanos para explicar sus tragedias. Esa necesidad es comprensible: es más fácil señalar a un hombre que examinar las condiciones que lo produjeron. Pero la historia que solo busca culpables no enseña a evitar los errores que los hicieron posibles. Solo enseña a buscar el siguiente culpable cuando el siguiente error llegue.

Antonio López de Santa Anna. Héroe o villano, propone algo más difícil y más útil: mirar a Antonio López de Santa Anna con los documentos en la mano, sin el veredicto ya redactado, y preguntarse qué habríamos hecho nosotros en su lugar, con su información, con sus recursos, con sus presiones.

La respuesta no es cómoda.

Pero las respuestas incómodas son las únicas que enseñan algo.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El veredicto y el expediente

CAPÍTULO 1: El muchacho de Xalapa que aprendió a sobrevivir

CAPÍTULO 2: El héroe de Tampico y el precio de la gloria

CAPÍTULO 3: El Álamo, San Jacinto y el prisionero que firmó

CAPÍTULO 4: La pierna, el Himno y la construcción del mito

CAPÍTULO 5: La guerra que México no podía ganar

CAPÍTULO 6: La Alteza Serenísima y la venta de La Mesilla

CAPÍTULO 7: El exilio y el silencio

CAPÍTULO 8: Lo que la historia necesitaba que fuera

EPÍLOGO: La pregunta que tú tienes que responder

ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA
¿HÉROE O VILLANO?
Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El veredicto y el expediente

La noche del 21 de junio de 1876, en un cuarto de la calle de Vergara número 14 del Centro Histórico de la Ciudad de México, murió un hombre al que ningún periódico importante consideró digno de primera plana.

Tenía ochenta y dos años. Tenía una pierna de madera. Tenía cataratas que se había negado a operar, no por falta de dinero en otro tiempo, sino porque a los ochenta y dos años ya no hay mucho que valga la pena ver con claridad. Estaba casi sordo. No tenía dinero. No tenía el grado militar que creía merecer. No tenía la pensión que el Estado le debía y que el Estado nunca le pagó. Tenía, todavía, una memoria que funcionaba mejor que su reputación.

Su nombre era Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón. Nacido en Xalapa, Veracruz, el 21 de febrero de 1794. Muerto de diarrea crónica aguda en Ciudad de México, ochenta y dos años después, en el mismo mes en que Porfirio Díaz daba el golpe militar que inauguraba una era que duraría treinta y cinco años más. México estaba demasiado ocupado comenzando algo nuevo para despedirse del hombre que había protagonizado casi todo lo anterior.

Once veces presidente. Héroe de Tampico. Vencedor de El Álamo. Prisionero de San Jacinto. Alteza Serenísima. Vendedor de La Mesilla. Traidor a la patria, según el decreto que el gobierno de Juárez firmó en 1866 y que nadie derogó formalmente. Eso era lo que quedaba de él esa noche: un decreto, una etiqueta y un cuarto de vecindad.

Dos años antes de morir, en el exilio de Nassau, había terminado de escribir sus memorias. Las llamó *Mi historia militar y política, 1810-1874*. En la conclusión, con la letra temblorosa de un hombre que sabe que escribe para un tribunal que no lo escuchará en vida, anotó una frase que sus críticos considerarían autoengaño y que sus escasos defensores considerarían lucidez: "*Tengo una mayor confianza en que la posteridad me hará justicia.*"

La posteridad no lo hizo. O al menos no todavía.

Rodrigo Sandoval tenía veintiún años, estudiaba quinto semestre de historia en la Universidad Veracruzana y no había pensado en Antonio López de Santa Anna desde la secundaria, cuando el capítulo correspondiente en el libro de texto gratuito lo presentaba con una eficiencia que no dejaba lugar a dudas: traidor, caudillo sin escrúpulos, responsable de la pérdida de más de la mitad del territorio nacional. El libro incluía un mapa.

El mapa era devastador. Rodrigo había reprobado ese examen parcial porque confundió las fechas del Tratado de Guadalupe Hidalgo, pero la idea central la había retenido sin esfuerzo, como se retienen las cosas que confirman lo que uno ya cree sin saber por qué lo cree.

La mañana del lunes en que el doctor Fuentes repartió los temas del ensayo semestral, Rodrigo miró el papel con la misma expresión con que se mira un billete encontrado en la calle: incredulidad seguida de alivio.

"Antonio López de Santa Anna: traidor o patriota. Análisis histórico-contextual. Mínimo quince fuentes primarias."

Quince fuentes primarias. Rodrigo subrayó eso con el bolígrafo y levantó la mano.

—Doctor, ¿documentos de la época cuentan como fuentes primarias?

—Los documentos de la época son exactamente lo que son las fuentes primarias, Sandoval.

—¿Y si en los documentos de la época encuentro algo que contradiga lo que está en los libros de texto?

El doctor Fuentes lo miró desde el frente del salón con la expresión del hombre que lleva veinte años esperando que alguien en sus grupos haga esa pregunta.

—Entonces tendrá usted algo interesante que escribir —dijo.

Rodrigo anotó eso también. Subrayó *interesante* y le puso un signo de interrogación.

Esa tarde, en la biblioteca de la facultad, abrió el primer documento que el doctor Fuentes le había indicado como punto de partida: las memorias de Santa Anna, digitalizadas, disponibles en el repositorio de la Universidad de Texas. Buscó la introducción. La leyó dos veces. Luego buscó la conclusión y encontró la frase que el anciano de Nassau había escrito con letra temblorosa para un tribunal que no existía todavía.

"Tengo una mayor confianza en que la posteridad me hará justicia."

Rodrigo cerró la pantalla. La volvió a abrir. Algo en esa frase le molestaba de una manera que no sabía nombrar todavía. No era lástima. No era simpatía. Era algo más incómodo: la sensación de que el hombre que había escrito eso no sonaba a traidor convencido de su traición, sino a hombre convencido de que lo habían juzgado mal, y que esa convicción, fuera o no fuera cierta, merecía al menos ser examinada antes de ser descartada.

Abrió un documento nuevo en su computadora y escribió el título de su ensayo.

"Antonio López de Santa Anna: traidor o patriota."

Se quedó mirando el cursor parpadeante durante treinta segundos. Luego borró el título y escribió una pregunta distinta, que no era el título que el doctor Fuentes le había asignado pero que era la pregunta que en realidad necesitaba responder antes de poder contestar la otra.

"¿Quién decidió que Santa Anna era el culpable, y qué necesitaba que lo fuera?"

Guardó el documento. Apagó la computadora. Salió de la biblioteca a la tarde de Xalapa, que olía a lluvia próxima como siempre, como había olido siempre, como había olido cuando Antonio López de Santa Anna era un niño en estas mismas calles doscientos años antes y todavía no sabía que la historia lo estaba esperando con una sentencia ya redactada.

Esta es la historia de ese hombre. Y de la sentencia. Y de lo que ocurre cuando alguien se toma la molestia de leer el expediente antes de confirmar el veredicto.

EL HOMBRE QUE MÉXICO NECESITABA ODIAR

Salvador Rangel Abud

CAPÍTULO 1

El muchacho de Xalapa que aprendió a sobrevivir

Xalapa y el noreste de la Nueva España, 1810-1821

Xalapa en 1810 olía a café y a lodo húmedo y a mulas cargadas con mercancía que bajaban desde el altiplano hacia el puerto de Veracruz por el camino real. Era una ciudad de tránsito, de comerciantes y de militares, de gente que llegaba de paso y se quedaba más de lo planeado porque el clima era bueno y los negocios eran regulares y porque en el México virreinal moverse de un lugar a otro requería razones más poderosas que la curiosidad.

Antonio López de Santa Anna tenía dieciséis años y razones más que suficientes para moverse.

Su padre, Antonio Andrés López de Santa Anna, era subdelegado de la Provincia de la Antigua: un cargo que sonaba más importante de lo que era y que producía más deudas de prestigio que ingresos reales. Lo que el padre

quería para el hijo era el comercio, una carrera segura, horizontal, sin heroísmos y sin riesgos.

—El comercio da de comer —le dijo una tarde, mirando los libros de cuentas que nunca cuadraban del todo—. Los militares mueren jóvenes o mueren pobres. A veces las dos cosas.

Antonio el joven escuchó eso con la expresión del que oye algo que no le interesa pero que tiene la cortesía de no rechazar de frente.

—Entiendo, padre.

No entendía. O entendía perfectamente y había decidido que el argumento no le alcanzaba. El 6 de julio de 1810 se presentó al cuartel del Regimiento de Infantería Fijo de Veracruz y se enlistó como cadete.

No lo hizo por patriotismo. No había todavía una patria clara a la que serle fiel. Lo hizo porque entendió, con la claridad de los dieciséis años cuando funcionan bien, que el ejército era el único camino de ascenso disponible para un joven criollo de familia sin gran fortuna en una sociedad estamentaria que no ofrecía muchas otras opciones. Su tío paterno había pasado años sin ascenso precisamente por ser criollo, bloqueado por una estructura que reservaba los mejores grados para los peninsulares.

Dos meses después de su alistamiento, el 16 de septiembre de 1810, el cura Miguel Hidalgo dio el grito en Dolores y la guerra que nadie sabía todavía que duraría once años comenzó a arder.

El Regimiento de Infantería Fijo de Veracruz fue convocado. La guerra que conoció Antonio en los primeros años no se parecía a ninguna de las batallas ordenadas que había imaginado cuando se enlistó. Era una guerra de guerrillas, de aldeas quemadas, de columnas que marchaban durante semanas por terreno hostil para llegar a un lugar donde el enemigo ya no estaba, de hombres que morían de disentería antes de ver al enemigo. Recibió una flecha en el brazo en 1811. Se la sacó, descansó lo que no podía no descansar, y siguió.

En 1813 el joven teniente Santa Anna fue asignado a las fuerzas del brigadier Joaquín de Arredondo, Comandante General de las Provincias Internas de Oriente: el noreste del virreinato, la frontera viva con Texas, la zona más convulsa del territorio porque colindaba con la Luisiana estadounidense y porque por ahí entraban insurgentes mexicanos y angloamericanos con la convicción de que venían a extender la revolución republicana.

Arredondo era un militar de otra época y de otra escuela. La primera vez que Santa Anna se presentó ante él, el brigadier no levantó la vista del mapa que tenía desplegado sobre la mesa.

—¿Cuántos años tiene, teniente?

—Diecinueve, mi general.

—¿Ha visto morir hombres?

—Sí, mi general.

—¿Ha dado órdenes que causaron que murieran?

Santa Anna dudó un instante.

—Sí, mi general.

Arredondo levantó la vista entonces. Tenía los ojos de quien ha pasado demasiado tiempo mirando mapas y demasiado poco mirando personas.

—Bien. Entonces ya sabe lo esencial. Lo demás se aprende aquí.

Lo que se aprendía ahí era la política de Arredondo: no había prisioneros. Los insurgentes capturados eran ejecutados. Las poblaciones que los habían alojado eran castigadas. El mensaje era claro y deliberado.

El 18 de agosto de 1813, en los campos del río Medina al sur de San Antonio de Béjar, Arredondo destruyó al Ejército Republicano del Norte: más de tres mil insurgentes comandados por el criollo Bernardo Gutiérrez de Lara y el español Álvarez de Toledo, la mitad de ellos angloamericanos venidos del otro lado de la frontera con la convicción de que estaban extendiendo la revolución republicana. La batalla duró lo que duraron las municiones del bando insurgente. La derrota fue total y la represalia que siguió fue sistemática.

El teniente Antonio López de Santa Anna estuvo ahí. Participó en esa campaña. Los documentos de la época lo nombran sin adornos: en las crónicas de la insurrección tamaulipeca aparece como el sanguinario teniente López de Santa Anna al servicio de Arredondo.

La noche después de Medina, mientras los hombres limpiaban las armas en silencio, Santa Anna se acercó al fuego donde Arredondo revisaba el parte de bajas.

—Mi general, los prisioneros que quedan...

—No hay prisioneros, teniente. Ya lo sabe.

—Algunos son apenas muchachos. Reclutados por la fuerza, igual que los nuestros.

Arredondo no levantó los ojos del papel.

—Los nuestros obedecen. Los suyos atacaron la Corona. La diferencia no está en la edad, teniente. Está en la decisión. ¿Algo más?

Santa Anna no dijo nada más. Dio media vuelta y cumplió las órdenes.

La novela no absuelve eso. No hay manera de hacerlo. Pero sí coloca la pregunta donde debe estar: ¿qué hace un teniente de diecinueve años bajo las órdenes de un brigadier que no acepta objeciones, en una guerra donde la desobediencia se paga con el fusilamiento? ¿Y qué aprende ese teniente de ese comandante sobre cómo se gana una guerra — un aprendizaje que años después aplicará en El Álamo y en Goliad con consecuencias que la historia no olvidará?

Lo que Arredondo le enseñó a Santa Anna no fue solo táctica. Fue una filosofía: la brutalidad metódica funciona. El problema es que funciona hasta que deja de funcionar. Y cuando deja de funcionar, el precio lo pagan todos.

Para 1821 el mundo del virreinato se había desintegrado lo suficiente para que la pregunta de a qué lado estar se volviera urgente de una manera diferente. Agustín de Iturbide proclamó en febrero el Plan de Iguala: independencia, unión, religión. Las Tres Garantías. Un programa lo suficientemente ambiguo para que casi todos pudieran verse en él.

Santa Anna se sumó al movimiento Trigarante en junio de 1821, cuando la capitulación de Xalapa hizo evidente que Iturbide ganaría. El día que firmó su adhesión, uno de sus antiguos compañeros del regimiento realista lo encontró en la plaza mayor.

—¿Ya cambiaste de bando, López?

—Me sumé al lado que va a ganar —dijo Santa Anna sin bajar la voz—. Igual que tú vas a hacer antes de que acabe el mes.

El compañero no respondió. Tres semanas después se unió también al Ejército Trigarante.

Sus críticos llamarían a ese cambio traición a la Corona. Los libros de texto mexicanos lo llamarían después conversión patriótica. Ambas versiones tienen algo de cierto y ninguna tiene toda la verdad. Lo que Santa Anna hizo en junio de 1821 fue calcular. Calculó que el orden colonial se acababa y que un oficial criollo de veintisiete años con experiencia de campaña tenía más futuro en el ejército de la nueva nación que en los restos de un ejército imperial que ya no tenía Imperio que defender.

Rodrigo Sandoval encontró los documentos de la campaña de Arredondo en un repositorio digital de la UNAM a las once de la noche de un martes. Apareció en el quinto intento con palabras clave distintas: *Provincias Internas Oriente insurgencia 1813*.

Leyó el primer documento dos veces. Luego buscó el nombre de Santa Anna en el texto y lo encontró en la tercera página: el sanguinario teniente López de Santa Anna. Lo copió en su libreta con las comillas intactas.

Al día siguiente llevó el hallazgo al seminario. Daniela lo escuchó con los brazos cruzados y la expresión de quien ya sabe lo que va a decir antes de que el otro termine.

—O sea que era un asesino desde joven —dijo—. Y nos sorprende que entregó Texas.

—No entregó Texas —dijo Rodrigo—. Ya hablamos de eso. Pero mira: el punto no es defenderlo. El punto es que lo que le llaman traición veinte años después lo aprendió del lado que el virreinato llamaba legítimo.

—Eso no lo absuelve de nada.

—No. Pero lo complica. Y complicarlo es lo que estoy intentando hacer.

El doctor Fuentes, que había escuchado desde su escritorio sin intervenir, levantó la vista.

—Sandoval tiene razón en algo —dijo—. La historia que no se complica no se entiende. Se memoriza. Y memorizar no es lo mismo que entender, aunque los exámenes de secundaria no lo distinguan.

Daniela no respondió. Pero anotó algo en su cuaderno, y Rodrigo no pudo leer qué.

En el verano de 1821 Antonio López de Santa Anna tenía veintisiete años, una hoja de servicios impresionante, una pierna entera, y la certeza de que México — esa palabra nueva que apenas empezaba a tener peso real — lo necesitaría.

No se equivocaba. Solo se equivocó en lo que vendría después de que lo necesitara.

CAPÍTULO 2

El héroe de Tampico y el precio de la gloria

Tampico y Ciudad de México, 1829-1833

La tarde antes de que llegaran los españoles, Santa Anna estaba sentado en el portal de la comandancia de Pueblo Viejo con una taza de café que ya se había enfriado y un parte de inteligencia que confirmaba lo que llevaba semanas sospechando: Barradas no entendía en qué país había desembarcado.

El coronel Zenón Fernández entró sin anunciarse, como tenía por costumbre cuando las noticias no daban para protocolos.

—Las avanzadas lo confirman, general. Tomaron Tampico el siete. La ciudad estaba vacía.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe si el parte acaba de llegar?

Santa Anna dejó el café sobre la balaustrada.

—Porque si yo fuera Barradas y llegara a una ciudad vacía con tropas diezmadas por la fiebre y sin agua potable, me quedaría en Tampico esperando refuerzos que no van a llegar. Y si eso es lo que hizo, ya perdió. Todavía no lo sabe, pero ya perdió.

Fernández frunció el ceño.

—¿Y Mier y Terán?

—Mier y Terán tiene razón en esperar. Es el general más inteligente que tenemos. Pero esta guerra no se gana esperando.

—¿Qué propone?

Santa Anna se puso de pie y miró el río Pánuco, oscuro y quieto en la tarde de agosto.

—Cruzar esta noche.

La expedición que el brigadier Isidro Barradas había desembarcado el 27 de julio de 1829 era, en el diagnóstico frío de cualquier estrategia competente, una empresa condenada. No por falta de valor de sus hombres — veteranos de las guerras de Sudamérica, soldados experimentados — sino por la aritmética brutal del terreno, el clima y la logística.

Barradas había zarpado de La Habana con poco menos de tres mil hombres y el discurso que pronunció antes de partir todavía resonaba en los oídos de su tropa:

—Españoles, vais a partir para Nueva España, teatro donde hace trescientos años se inmortalizaron los antiguos y denodados españoles mandados por el valeroso Hernán Cortés. Aquellos conquistaron ese hermoso país. Vosotros vais a pacificarlo.

Era un discurso de otra época. Barradas no había entendido, o no había querido entender, que el país al que se dirigía llevaba ocho años siendo México y tenía razones propias para no querer ser Nueva España de nuevo.

Lo que encontró al desembarcar no fue resistencia militar organizada sino el silencio de una población que se había evacuado. Los pozos, contaminados. Los sembradíos, quemados. Los árboles frutales, talados. La pólvora, las herramientas, los víveres: todo lo que podía servir al invasor había desaparecido. Era una estrategia de tierra arrasada ejecutada por gente ordinaria que entendió sin que nadie se lo explicara que su mejor arma era la ausencia.

Tampico, cuando Barradas la ocupó el 7 de agosto, era una ciudad fantasma de seis años de fundada. Sus calles vacías. Su calor de agosto en la costa del Golfo. Y los mosquitos. Y la fiebre amarilla que empezó a diezmar a los expedicionarios antes de que dispararan un solo tiro en serio.

La noche del 20 al 21 de agosto, Santa Anna ordenó cruzar el Pánuco en piraguas. El plan era sorprender a los españoles en sus posiciones de la Plaza del Muelle y la Plaza de Armas. Salió parcialmente bien y parcialmente mal, como ocurre con la mayoría de los planes que dependen de la oscuridad y el silencio de varios centenares de hombres armados.

Un soldado mexicano disparó su rifle por error. O los vigías españoles los detectaron. Se armó la balacera a las dos de la mañana. La artillería española disparó desde posiciones elevadas. Santa Anna combatió en un terreno que no conocía bien y no pudo tomar Tampico esa vez.

Barradas regresó a la ciudad justo a tiempo para atrapar a las fuerzas mexicanas en una posición comprometida. Se negoció una tregua. Barradas tuvo al jefe del ejército mexicano en sus manos y lo dejó salir.

Fue, según los historiadores españoles, su error fatal.

Santa Anna reorganizó el sitio desde Pueblo Viejo. No volvió a darle esa oportunidad a Barradas.

Lo que siguió fue aritmética. Los españoles, cercados, sin suministros, diezmados por la fiebre amarilla, con las municiones agotándose y un huracán que destruyó las defensas del fortín de La Barra en los primeros días de septiembre, no tenían hacia dónde ir.

El 11 de septiembre de 1829, después de once asaltos mexicanos a sus posiciones y combates a la bayoneta en terreno anegado, el brigadier Isidro Barradas reunió a sus oficiales. El coronel Salomón, su segundo, lo miró en silencio durante un momento antes de hablar.

—Mi general, las provisiones se acabaron el martes. Los enfermos ya no caben en el hospital de campaña. Si continuamos, mañana no tenemos con qué disparar.

Barradas no respondió de inmediato. Miró por la ventana el fortín destrozado por el huracán, las defensas anegadas, los hombres que dormían en el suelo porque ya no había catres suficientes.

—Mande llamar al oficial de enlace —dijo al fin—. Vamos a pedir parlamento.

La capitulación se firmó en Pueblo Viejo. Barradas, según las crónicas, maldijo sus errores al entender que no había más fuerzas mexicanas esperándolo de las que había visto al rendir sus armas. Llegó a Nueva Orleans consumido por la vergüenza y murió poco después.

Santa Anna leyó la copia del acta de capitulación esa misma tarde, sentado en el mismo portal donde había tomado el café frío tres semanas antes. Fernández estaba de pie a su lado.

—¿Y ahora qué, general?

—Ahora me voy a Manga de Clavo —dijo Santa Anna, doblando el papel—. Necesito dormir en mi propia cama.

—El Congreso lo va a declarar Benemérito de la Patria.

—Eso ya lo sé.

—¿No le importa?

Santa Anna lo miró un momento.

—Me importa lo mismo que le importará dentro de diez años, Fernández. Que es nada. Lo que importa es que los españoles se fueron y no van a volver. Lo demás son palabras.

Tenía razón en lo primero. Se equivocaba en lo segundo.

José María Tornel y Mendivil no estaba en Tampico. Estaba en Ciudad de México, donde acababa de ser nombrado ministro plenipotenciario en Estados Unidos, y donde leía los partes de guerra con la atención del hombre que ya sabe cómo va a terminar la historia antes de que termine, porque su trabajo consiste exactamente en eso: asegurarse de que termine de la manera correcta.

Tornel era el mejor escritor político de su generación y llevaba ocho años sabiéndolo. Había conocido a Santa Anna en marzo de 1821, durante el

trayecto a Orizaba, semanas después del Plan de Iguala. Dos veracruzanos, dos hombres con prisa, dos hombres que entendieron en esa primera conversación lo que el otro necesitaba y que tenía para dar.

—Usted sabe pelear —le había dicho Tornel aquella tarde, con la franqueza del que no tiene tiempo para rodeos—. Yo sé escribir. En este país, las dos cosas juntas valen más que cualquiera de las dos solas.

Santa Anna lo había mirado con la desconfianza justa del que no está acostumbrado a que alguien le ofrezca algo sin pedir nada visible a cambio.

—¿Y qué quiere usted de esto?

—Lo mismo que usted —dijo Tornel—. Que las cosas salgan bien. Para los dos.

Desde entonces, Tornel había funcionado como el arquitecto silencioso de la imagen pública de Santa Anna. No inventaba victorias: las organizaba de una manera determinada. Seleccionaba qué detalle subrayar, qué periódico contactar, qué discurso había que pronunciar y cuándo. Era un trabajo que hoy llamaríamos mercadotecnia política y que en 1829 no tenía nombre porque nadie lo había sistematizado todavía con tanta eficacia.

Lo que tenía en sus manos después de Tampico era una victoria real que necesitaba una narrativa a la altura.

Esa noche, en su despacho de la Ciudad de México, Tornel escribió sin detenerse durante cuatro horas. Al amanecer tenía el borrador del artículo que aparecería en tres periódicos distintos con tres firmas distintas, todos cantando la misma música con distintas palabras: Santa Anna como el hombre que había marchado desde Veracruz cuando nadie más quería el encargo, el general que cruzó el río en la oscuridad, el Vencedor de Tampico, el Benemérito de la República, el Napoleón del Oeste.

Ese último apodo se lo había dado el propio Santa Anna en una carta que Tornel supo hacer circular en los momentos correctos.

El Congreso votó el título de Benemérito de la Patria. El gobierno ascendió a Santa Anna a general de división. Varias legislaturas le enviaron espadas de honor. Los periódicos imprimieron suplementos.

El general Mier y Terán, que había sido tan decisivo en la campaña como Santa Anna y lo sabía, recibió sus créditos también. Pero no tenía a Tornel.

Meses después, en una cena en Ciudad de México a la que ambos asistieron, Mier y Terán encontró a Tornel en el corredor y lo detuvo con una pregunta que no esperaba respuesta.

—¿Cómo lo hace, Tornel? ¿Cómo convierte a un hombre en leyenda mientras todavía está vivo para contradecirla?

Tornel sonrió con la cortesía del que ha escuchado esa pregunta muchas veces.

—No lo convierto en leyenda, general. Solo me aseguro de que la gente recuerde lo que ocurrió de la manera en que ocurrió. El resto lo hace la imaginación de los lectores.

—¿Y si lo que ocurrió no es exactamente como usted lo cuenta?

—Lo que ocurrió es siempre más complicado de lo que cabe en un periódico —dijo Ternel—. Mi trabajo es encontrar la versión que la gente puede recordar. No la que los historiadores van a discutir dentro de cien años.

Mier y Terán no respondió. Tomó su copa y se alejó por el corredor con la expresión del hombre que acaba de entender algo que preferiría no haber entendido.

Rodrigo Sandoval encontró ese mecanismo documentado en el repositorio de la UNAM a las once de la mañana de un miércoles, mientras buscaba fuentes primarias sobre la prensa de 1829. El estudio de Will Fowler sobre Ternel era claro: el principal propagandista de Santa Anna, el hombre al que se adjudicaba la mayor parte de su éxito y permanencia en la escena política. Se habían conocido en 1821. Llevaban ocho años trabajando juntos cuando llegó Tampico.

Rodrigo lo llevó al seminario esa misma tarde.

—Miren esto —dijo, abriendo el documento en su computadora y girando la pantalla hacia Daniela y Gerardo—. El héroe de Tampico tenía un relacionista público. Uno muy bueno.

Daniela frunció el ceño.

—Eso no le quita mérito a la victoria.

—No —dijo Rodrigo—. Pero sí le añade una pregunta. Si la victoria era real, ¿para qué necesitaba a Ternel?

—Todas las victorias necesitan quién las cuente —dijo Gerardo—. Eso no es deshonesto. Es política.

—El problema —dijo Rodrigo— es que cuando el mismo mecanismo que construyó al héroe tiene que construir después al traidor, ya nadie sabe dónde termina la realidad y dónde empieza la narrativa.

El doctor Fuentes había escuchado desde su escritorio. Levantó la vista de los papeles que fingía revisar.

—Buena pregunta, Sandoval. Pero hay una mejor debajo de esa.

—¿Cuál?

—Si la narrativa que construyó Ternel duró ciento noventa años, ¿quién construyó la narrativa contraria? ¿Y por qué esa también duró lo mismo?

Rodrigo no tenía respuesta. La anotó como pregunta en su libreta y subrayó dos veces.

La victoria de Tampico era real. Los españoles habían llegado con intención de reconquistar México y se habían ido derrotados. El papel de Santa Anna en esa victoria era discutible en sus detalles — la fiebre amarilla, el error de

Barradas, la estrategia de tierra arrasada de la población civil — pero no era una fabricación completa. Había cruzado el río en la oscuridad con sus tropas. Había mantenido el sitio cuando Barradas tenía la iniciativa. Había firmado la capitulación.

¿Era el Napoleón del Oeste? No. ¿Era el Benemérito de la República en el sentido épico que Tornel construyó? Tampoco exactamente. ¿Era el general que había cumplido su trabajo cuando México lo necesitaba? Sí.

Con todo lo que eso implica.

En las memorias que Santa Anna escribió cuarenta y cinco años después, el recuerdo de Tampico tenía la textura limpia del que recuerda lo que quiere recordar. Anotó una frase que Rodrigo subrayó en la pantalla:

"Pensando que el país iba a entregarse al reposo, me retiré a mi hacienda de Manga de Clavo para participar de ese bien, pidiendo por gracia que no se me interrumpiera con ningún llamado; pero me equivocaba, los trastornos continuaron."

Era la frase de un hombre que todavía no entendía — o que entendía demasiado bien y prefería no escribirlo — por qué el país que le había dado ovaciones lo condenaría después.

Los trastornos continuaron. Eso era México en 1829. Y en 1836. Y en 1847.

Un país que recurría constantemente a figuras fuertes para resolver crisis que el sistema institucional no tenía todavía la solidez para resolver solo. Y Santa Anna era la figura más fuerte disponible.

Con todo lo que eso implicaba también.

CAPÍTULO 3

El Álamo, San Jacinto y el prisionero que firmó

Texas, 1835-1836

Para entender lo que ocurrió en San Jacinto hay que entender primero lo que ocurrió antes de San Jacinto. Y para entender lo que ocurrió antes hay que entender lo que México hizo con Texas veinte años antes de que Texas existiera como problema.

En 1821, el gobierno mexicano recién independizado heredó del virreinato un territorio enorme y casi completamente despoblado en su franja norte. Texas era una provincia de menos de cuatro mil habitantes que colindaba con los Estados Unidos en un momento en que los Estados Unidos ya tenían apetito por más. La solución que encontró el gobierno fue tan lógica en su momento como catastrófica en sus consecuencias: abrir la colonización a extranjeros, en particular angloamericanos, que quisieran establecerse en Texas a cambio de respetar las leyes mexicanas, convertirse al catolicismo y, en teoría, integrarse a la República.

Para 1830 había en Texas más de veinticinco mil colonos angloamericanos y menos de cuatro mil mexicanos. La proporción ya no era un problema de colonización. Era un problema de soberanía.

Santa Anna no creó ese problema. Lo heredó. Y cuando en 1835 impulsó la centralización del sistema político reemplazando la constitución federal de 1824 por un sistema centralista que quitaba a Texas su autonomía, no inventó el conflicto: encendió la mecha de un barril de pólvora que otros habían llenado durante quince años.

La noche anterior a que el ejército cruzara el río Bravo en el invierno de 1835, Santa Anna reunió a sus generales en la tienda de campaña que le servía de despacho. Afuera el viento del norte hacía crujir la lona. Dentro había un mapa mal doblado sobre una mesa, tres sillas con el cuero cuarteado por el frío y cuatro generales que miraban al comandante en jefe con la expresión de quien espera que alguien les explique por qué están ahí.

El general Sesma habló primero.

—Las tropas no tienen abrigo suficiente para el cruce, mi general. El invierno en el norte es distinto al de Veracruz.

—Lo sé —dijo Santa Anna.

—Entonces...

—También sé que si esperamos a que el clima mejore, los rebeldes se reorganizan y reciben refuerzos del otro lado de la frontera. ¿Cuánto tiempo llevamos sabiendo que los americanos del norte los apoyan con armas y hombres?

Sesma no respondió.

—Cruzamos mañana —dijo Santa Anna—. Los hombres que tengan frío aprenderán a tenerlo menos rápido. Los que se queden atrás porque no pueden aguantarlo, que se queden.

El general Urrea, que había estado callado en el rincón con los brazos cruzados, levantó la vista.

—¿Y los que se queden? ¿Los dejamos desertar sin consecuencia?

—Los dejamos quedarse atrás —dijo Santa Anna—. No es lo mismo.

Nadie dijo nada más.

La campaña militar que encabezó Santa Anna en el invierno de 1835-1836 tuvo victorias reales y errores reales. El ejército mexicano marchó hacia el norte en uno de los inviernos más fríos de la región. Los hombres cruzaron desiertos helados con suministros insuficientes, sin la logística que hubiera necesitado una campaña de esa escala. Murieron de frío. Murieron de enfermedad. Llegaron a San Antonio de Béjar agotados, en número menor al que había partido, con la moral del que ha sobrevivido algo que no tenía que ser tan difícil.

La toma del Álamo el 6 de marzo de 1836 fue una victoria táctica sobre una guarnición pequeña. Los ciento ochenta y ocho defensores murieron en

combate o fueron ejecutados. Las bajas mexicanas, en cambio, fueron entre cuatrocientas y seiscientas. Santa Anna había aplicado el manual de Arredondo: no había prisioneros. Era el mismo manual que en 1813 le había funcionado. Era el mismo manual que en 1836 le estaba construyendo una leyenda negra que lo perseguiría por el resto de su vida.

Dos días después de la toma del Álamo, el coronel Juan Almonte encontró a Santa Anna revisando el parte de bajas con la expresión concentrada del que suma cifras que no le gustan.

—Las bajas propias son mayores de lo esperado, mi general.

—Las bajas propias siempre son mayores de lo esperado —dijo Santa Anna sin levantar los ojos del papel—. Por eso a los que planean las batallas desde Ciudad de México les gustan tanto.

—¿Cómo sigue el avance hacia el este?

—Houston retrocede. Sigue retrocediendo. Lleva semanas retrocediendo.

—¿No es eso una ventaja?

Santa Anna dejó el papel sobre la mesa y miró a Almonte.

—Un hombre que retrocede puede estar huyendo o puede estar eligiendo el terreno donde va a pelear. Houston lleva veinte años en esta región. Conoce cada río, cada paso, cada lugar donde el terreno favorece al que espera. —Hizo una pausa—. No, Almonte. No es una ventaja. Es una advertencia.

El 20 de abril de 1836, Santa Anna acampó con su vanguardia de mil doscientos hombres a orillas del río San Jacinto, en terreno pantanoso rodeado de bosque que cortaba la visibilidad. Había alcanzado al ejército de Sam Houston. Lo que no calculó fue que Houston también lo había alcanzado a él.

La tarde del 21 de abril, a las cuatro y media, el ejército de Houston atacó.

No había guardias. No había centinelas. Los soldados mexicanos dormían la siesta en sus tiendas cuando los ochocientos ochenta texanos avanzaron silenciosamente por la pradera con sus dos cañones gemelos y sus rifles, y el grito que los historiadores registrarían durante siglos: *¡Remember the Alamo! ¡Remember Goliad!*

La batalla duró dieciocho minutos. Seiscientos treinta mexicanos murieron, doscientos ocho cayeron heridos, setecientos treinta fueron capturados. El ejército texano tuvo nueve muertos y treinta heridos.

Santa Anna escapó a caballo durante la batalla. Se disfrazó de soldado raso. Fue capturado al día siguiente cuando otros prisioneros mexicanos, al verlo llegar al campamento texano, lo saludaron con el respeto involuntario que se le tiene al presidente. Su identidad quedó revelada por la deferencia de sus propios hombres.

Sam Houston lo recibió recostado bajo un roble, con una herida de bala en la pierna izquierda que sangraba a través del vendaje. Tenía cuarenta y tres

años y la expresión del hombre que no necesita demostrar nada porque los hechos ya lo demostraron todo.

Santa Anna se detuvo frente a él. Los guardias texanos estaban a dos pasos a cada lado. Alrededor, los soldados que habían sobrevivido la batalla miraban al prisionero con la intensidad de los que todavía querían matarlo pero esperaban a ver qué decía su general.

—General Houston —dijo Santa Anna en el inglés que había aprendido en sus años de trato con comerciantes americanos—. Ha obtenido usted una victoria notable.

Houston lo miró sin responder de inmediato. Un hombre herido bajo un árbol, al que acababan de ganarle la batalla más importante de su vida, tomándose su tiempo antes de hablar.

—Ha peleado usted con valor en este campo —dijo Houston al fin—. Lo lamento por sus hombres.

—Y yo por los suyos.

—Los míos son nueve —dijo Houston—. Los suyos son seiscientos treinta. La proporción es distinta.

Santa Anna no respondió a eso. Había una lógica en la derrota que no admitía réplica.

—¿Qué pretende hacer conmigo, general?

—Eso depende de usted —dijo Houston—. Hay hombres en este campamento que quieren ahorcarlo esta noche. Considero que sería un error. Un hombre vivo puede firmar documentos. Un hombre muerto solo puede ser un mártir, y México ya tiene demasiados.

Santa Anna miró a Houston durante un momento largo.

—¿Qué clase de documentos?

—Los que pongan fin a esta guerra —dijo Houston.

Lo que siguió fueron semanas que Santa Anna describiría después como los más humillantes de su vida. Prisionero en Velasco, luego en la plantación Orozimbo. Encadenado, afirmaría más tarde, durante seis meses. Con soldados que querían lincharlo rodeando su custodia cada vez que se movía.

El teniente Esteban Fuentes, oficial del ejército mexicano capturado junto con Santa Anna, llevaba un diario que nadie encontraría durante cuarenta años. La noche del 13 de mayo de 1836, una semana antes de que Santa Anna firmara los tratados, escribió desde la plantación Orozimbo:

"El general lleva tres semanas sin hablar más de lo necesario. Come cuando le traen comida. Duerme cuando puede. Hoy lo escuché discutir con el oficial texano que le trae los documentos. No pude oír todo, pero sí lo suficiente."

Lo que Fuentes había escuchado, sin saber que lo anotaría para la posteridad, fue este intercambio entre Santa Anna y el secretario de Estado interino de Texas, James Collinsworth:

—Estos documentos establecen el cese de hostilidades y la retirada de las tropas mexicanas al sur del río Bravo —dijo Collinsworth, extendiendo los papeles sobre la mesa.

Santa Anna los leyó despacio. Los leyó dos veces.

—Esto no reconoce la independencia de Texas.

—No formalmente. Pero establece los términos que la harán posible.

—Soy prisionero de guerra. No tengo autoridad constitucional para firmar un tratado. Mi gobierno no reconocerá esto.

—Su gobierno —dijo Collinsworth con la paciencia del que ha tenido esta conversación antes— está a mil millas de aquí. Nosotros estamos a dos pasos. Y afuera hay trescientos hombres que llevan tres semanas preguntando por qué no lo hemos colgado todavía.

Santa Anna miró los papeles durante un momento. Miró la puerta cerrada. Miró al hombre que tenía enfrente.

—¿Cuáles son las condiciones para mi liberación?

—Su firma —dijo Collinsworth—. Y su promesa de que las tropas mexicanas no atacarán a las texanas en su retirada.

—¿Y si me niego?

Collinsworth recogió los papeles y los dobló con cuidado.

—Entonces mañana por la mañana tengo un problema de orden público que no sé si puedo controlar.

Santa Anna tomó la pluma.

El teniente Fuentes anotó en su diario esa noche: *"No sé si lo que hizo fue cobardía o la única decisión posible. Tampoco sé si hay diferencia. Lo que sí sé es que vi la cara de mi general cuando salió de esa habitación. Era la cara del hombre que acaba de entender que va a ser recordado por esto para siempre, aunque no haya tenido otra opción."*

El 14 de mayo de 1836, veintitrés días después de San Jacinto, Santa Anna firmó los Tratados de Velasco.

El 20 de mayo de 1836, el gobierno mexicano encabezado por el presidente José Justo Corro tomó una decisión que es en sí misma la respuesta a la pregunta central de la novela. Se desvinculó de todos los actos de Santa Anna mientras estuvo cautivo. Declaró nulo el tratado porque, como prisionero de guerra, no tenía capacidad legal para aceptar esos términos.

El gobierno mexicano dijo, con todas sus letras y en documento oficial, que lo que Santa Anna había firmado no valía porque lo había firmado bajo coacción.

Y luego, durante ciento ochenta años, la historia oficial mexicana lo llamó traidor por haberlo firmado.

Rodrigo Sandoval leyó el texto del Tratado de Velasco en la versión original digitalizada por Wikisource. Español del siglo XIX, con la ortografía de la

época. Lo leyó junto con la declaración del gobierno Corro del 20 de mayo. Luego abrió las dos en pestañas separadas y las comparó durante un minuto en silencio.

Al día siguiente llegó al seminario antes que nadie. Cuando Daniela entró, él ya tenía los documentos impresos sobre la mesa.

—Siéntate —le dijo—. Quiero que leas esto.

Daniela leyó. Primero el tratado. Luego la declaración de Corro. Luego levantó la vista.

—No entiendo.

—Sí entiendes. Lee la parte que subrayé.

Daniela volvió al papel. Leyó en voz alta:

—"El gobierno se desvincula de todos los emprendimientos de Santa Anna mientras estuvo cautivo, por considerar que como prisionero no tenía capacidad legal para firmarlos."

—Ahora dime —dijo Rodrigo— cómo puede el gobierno declarar en 1836 que la firma no valía porque fue hecha bajo coacción, y al mismo tiempo la historia usar esa misma firma como prueba de traición.

Daniela dejó los papeles sobre la mesa.

—No puede —dijo despacio—. Las dos cosas no pueden ser verdad al mismo tiempo.

—Exacto.

—Pero alguien decidió que lo fueran.

—Exacto —repitió Rodrigo—. Y eso es lo que quiero entender. Quién lo decidió y por qué. Porque si la firma no valía legalmente, Santa Anna no traicionó a México en Velasco. Solo sobrevivió. Y sobrevivir no es lo mismo que traicionar, aunque a veces la historia los trate igual.

Gerardo, que había llegado sin que ninguno de los dos lo notara, dejó su mochila en la silla del fondo.

—¿Y si sobrevivió para volver a traicionar después? —dijo—. Lo de La Mesilla, por ejemplo.

—Eso es el Capítulo 6 —dijo Rodrigo.

—¿Ya tienes capítulos?

—Estoy aprendiendo a tenerlos.

CAPÍTULO 4

La pierna, el Himno y la construcción del mito

Veracruz y Ciudad de México, 1838-1854

La madrugada del 5 de diciembre de 1838 era fría y con niebla en el puerto de Veracruz. Santa Anna dormía en su casa de habitación cuando el golpe en

la puerta lo despertó. No era el golpe educado del edecán que trae noticias regulares. Era el golpe seco del que trae algo que no puede esperar.

—Mi general. Los franceses desembarcaron.

Santa Anna se incorporó en la oscuridad.

—¿Cuántos?

—Cuatrocientos, mi general. El príncipe de Joinville los encabeza. Vienen hacia aquí.

—¿Hacia aquí específicamente?

—Sí, mi general. Tienen su nombre.

Santa Anna se quedó inmóvil un instante. Luego se levantó y empezó a vestirse en la oscuridad con la rapidez del que lleva veinte años entrenando ese movimiento.

—Despierte al general Arista. Y que saquen mi caballo.

—¿Cuál, mi general?

—El blanco.

Lo que ocurrió en los siguientes minutos fue simultáneamente heroico y absurdo, que es la combinación que la historia suele preferir cuando construye sus momentos más memorables. Santa Anna escapó por una salida trasera mientras el príncipe de Joinville y sus cuatrocientos soldados de marina entraban por la principal. Joinville encontró al general Mariano Arista, que fue capturado. Y encontró también la evidencia de que Santa Anna había estado ahí hacía muy poco: el café todavía caliente sobre la mesa, la cama deshecha, el uniforme de gala colgado en su gancho.

Ese uniforme no estaría colgado mucho tiempo.

Cuando los franceses comenzaron a retirarse hacia el muelle al amanecer, Santa Anna ya tenía una columna organizada para cortarles la retirada. Se vistió con sus mejores galas militares: uniforme azul, condecoraciones al pecho, bicornio con plumas. Montó el caballo blanco. Sus ayudantes lo miraban con la mezcla de admiración e inquietud que produce ver a alguien hacer exactamente lo que no debe hacer con una convicción que no deja espacio para la discusión.

El teniente Barrera se acercó.

—Mi general, los franceses protegieron su retirada con artillería en el extremo del muelle.

—Lo sé.

—Un cañón cargado con metralla, mi general. Si avanzamos por el muelle...

—Si no avanzamos —dijo Santa Anna— se van sin pagar el costo. Y un invasor que se va sin pagar el costo vuelve.

—Pero...

—Teniente. Muévase.

Santa Anna espoléó el caballo blanco y avanzó por el muelle en el amanecer del puerto, al frente de su columna, con la imagen exacta que un pintor del siglo XIX hubiera imaginado para el retrato de un general en combate.

El artillero francés tuvo el blanco más fácil de toda su carrera.

El cañonazo derribó al caballo. La metralla destrozó la pantorrilla izquierda de Santa Anna y le arrancó un dedo. Los médicos que lo atendieron horas después no tuvieron otra opción: la pierna fue amputada por debajo de la rodilla.

Cuando despertó de la anestesia con éter, lo primero que preguntó fue por el caballo.

—Muerto, mi general —dijo el médico.

—Era muy buen caballo —dijo Santa Anna. Luego miró hacia abajo, donde la sábana caía plana donde antes había pierna—. ¿Qué hicieron con ella?

—Está... guardada, mi general.

—Quiero que la entierren con honores. —Hizo una pausa—. Ha dado más por México que muchos hombres que todavía tienen las dos piernas.

El médico no supo qué responder a eso. Lo anotó en su reporte y no lo comentó con nadie durante años, hasta que alguien se lo preguntó directamente y lo contó con la misma perplejidad con que lo había escuchado.

Nueve mexicanos murieron ese día. Los franceses no fueron expulsados de Veracruz — la guerra duraría hasta marzo de 1839, cuando la intervención británica forzó un acuerdo diplomático que en esencia significó que México pagaría parte de lo que Francia reclamaba. Fue una derrota. O una victoria parcial de Francia y una derrota parcial de México, con la pierna de Santa Anna como el símbolo más concreto del costo.

Lo que ocurrió después con esa pierna es una de las historias más extrañas y más reveladoras de todo el siglo XIX mexicano.

En septiembre de 1842, con Santa Anna de regreso en el poder, la pierna amputada cuatro años antes fue desenterrada del lugar donde había sido enterrada discretamente, trasladada a la Ciudad de México y enterrada de nuevo en el Panteón de Santa Paula con una ceremonia que ninguna otra extremidad amputada en la historia del continente ha igualado. Hubo procesión. Hubo columna con cuatro lápidas para inscripciones. Hubo sarcófago de cristal. Hubo orador oficial que comparó la pierna perdida con el sacrificio de los héroes de la independencia.

Tornel estuvo presente en la ceremonia, de pie entre los funcionarios del gobierno, con la expresión serena del artesano que contempla su mejor obra. A su lado, el periodista Ignacio Sierra y Rosso le susurró entre dientes:

—¿Cuánto tiempo llevamos preparando esto?

—Cuatro años —dijo Tornel sin mover los labios, como los ventrílocuos.

—¿Y el general? ¿Lo convenciste tú o fue idea suya?

—Con él nunca se sabe —dijo Tornel—. Eso es lo que lo hace interesante.

Santa Anna, curiosamente, no estuvo presente en el acto. Llegó después, con algunos funcionarios, y se fue a las corridas de toros.

Dos años después de la ceremonia, una turba que se había hartado de Santa Anna desenterraría la pierna y la arrastraría por las calles hasta que no quedara nada de ella.

Eso también era parte de la historia. La parte que Tornel no había podido escribir de antemano.

Doce años después de la pierna, en noviembre de 1853, el gobierno de Santa Anna lanzó la convocatoria que produciría el símbolo más duradero de todo su paso por la historia: el Himno Nacional Mexicano.

México había tenido varios intentos anteriores de himno. El primero lo ganó un músico austríaco con letra de un estadounidense, lo cual no satisfizo a nadie. Luego hubo propuestas de un poeta cubano, músicos italianos, un checo. Nada funcionó. Santa Anna, en su undécimo y último periodo en el poder, quería un himno que sonara a México y que pusiera a México de pie.

En la calle de Tacuba número 48 de la Ciudad de México vivía Francisco González Bocanegra, veintinueve años, poeta y oficial archivista en el Ministerio de Fomento, hombre que frecuentaba la Academia de Letrán y que llevaba semanas ignorando deliberadamente las noticias del concurso porque tenía la convicción particular de que no iba a ganarlo.

Su novia y prima, Guadalupe González del Pino, no compartía esa convicción.

Un martes de enero de 1854, Guadalupe lo invitó a pasar a una habitación de la casa. Sobre el escritorio había papel y tinta. La puerta tenía llave, y Guadalupe tenía la llave.

—¿Qué es esto? —dijo Bocanegra.

—Un escritorio. Papel. Tinta.

—Guadalupe...

—El concurso se cierra en dos semanas.

—Ya te dije que no voy a participar. Hay poetas mucho mejores que yo en ese jurado.

—El jurado no son poetas. Son tres señores con cargo oficial que van a elegir lo que suene más a patria. Y tú sabes escribir eso mejor que nadie que yo conozca.

—No voy a...

Guadalupe cerró la puerta. Se escuchó el giro de la llave.

—¡Guadalupe!

—Cuando termines, me lo pasas por debajo de la puerta —dijo ella desde el otro lado—. Tengo toda la tarde.

Hubo silencio. Luego el sonido de una silla arrastrándose. Luego nada.

Cuatro horas después, un fajo de papeles apareció por debajo de la puerta.

Guadalupe los recogió del suelo y los leyó de pie en el corredor, con la letra irregular de alguien que ha escrito de prisa y sin borrar. Cuando terminó, se sentó en la silla más cercana porque las piernas no le respondían del todo bien.

—Francisco —dijo.

—¿Qué?

—Abre la puerta.

—No tengo la llave.

Guadalupe se puso de pie, abrió la puerta y le extendió los papeles.

—Esto va a ganar —dijo.

Bocanegra miró los papeles que le devolvían como si fueran de otra persona.

—¿Estás segura?

—No lo digo yo. Lo dice lo que escribiste.

El jurado — José Bernardo Couto, Manuel Carpio y José Joaquín Pesado — lo declaró ganador el 3 de febrero de 1854 entre veintiséis composiciones. La música la ganó Jaime Nunó, catalán de veintinueve años recién llegado a México contratado como director de bandas de guerra, que compuso en semanas algo que todavía suena a grandeza doscientos años después.

El estreno fue el 15 de septiembre de 1854, en el Gran Teatro de Santa Anna — ese era el nombre del teatro. Lo cantaron una soprano italiana llamada Claudina Fiorentini y un tenor llamado Lorenzo Salvi, bajo la batuta del contrabajista Giovanni Bottesini. El público lo recibió bien. El presidente de la República asistió al día siguiente.

Once meses después, Santa Anna abandonaba México huyendo ante la Revolución de Ayutla. El teatro que llevaba su nombre cambió el suyo por Gran Teatro Nacional. Y el Himno que él había convocado para su propia glorificación siguió sonando.

Rodrigo Sandoval encontró la historia de la habitación cerrada en tres fuentes distintas, todas confirmando los detalles principales: el papel sobre el escritorio, la puerta con llave, los versos pasados por debajo, las cuatro horas.

Lo llevó al seminario un jueves.

—¿Saben quién escribió el Himno Nacional? —preguntó, sin preámbulo.

—González Bocanegra —dijo Gerardo.

—¿Y saben cómo lo escribió?

—¿Importa cómo? —dijo Daniela.

—Importa porque lo escribió encerrado por su novia en una habitación. —Rodrigo abrió su libreta—. Y lo que escribió tenía estrofas dedicadas a Santa

Anna. Dos estrofas completas. Lo mencionaba por nombre como el guerrero inmortal de Zempoala.

Daniela frunció el ceño.

—¿Esas estrofas están en el Himno que cantamos?

—No. Las prohibieron. Las borraron del Himno oficial porque a la historia que vino después le resultaba incómodo tener al traidor inmortalizado en el símbolo patrio más cantado del país.

Gerardo se recostó en su silla con los brazos cruzados.

—Entonces México le borró el nombre del Himno que él encargó.

—Y luego lo llamó traidor por no haberle dado suficiente a México —dijo Rodrigo—. Hay algo en esa lógica que no termina de cuadrar.

El doctor Fuentes, que había escuchado desde su escritorio con la misma expresión de siempre, intervino sin levantar los ojos de los papeles que revisaba.

—¿Saben por qué el Himno sobrevivió a Santa Anna?

Nadie respondió.

—Porque Nunó le puso una música que era más grande que el encargo —dijo el doctor Fuentes—. Y porque Bocanegra escribió algo que, despojado de las estrofas incómodas, hablaba de México en lugar de hablar de sus gobernantes. La propaganda se convirtió en patrimonio. Eso no ocurre siempre. Casi nunca ocurre. Pero cuando ocurre, dice algo interesante sobre la diferencia entre lo que un hombre intenta construir y lo que termina construyendo a pesar de sus intenciones.

Rodrigo lo anotó palabra por palabra.

Esa noche, en su cuarto de la colonia Animas, escuchó el Himno Nacional en YouTube mientras miraba el techo. Lo escuchó completo, con el coro y las cuatro estrofas que quedaron. Luego buscó las estrofas que habían sido suprimidas y las leyó en silencio.

Una de ellas nombraba a Santa Anna. La otra nombraba a Iturbide, el primer emperador, que tampoco había tenido muy buena prensa con la historia oficial.

Dos hombres borrados del himno que los dos habían contribuido a crear, por razones distintas pero con el mismo resultado: la historia oficial mexicana prefería un himno sin padres incómodos, aunque eso significara negar que la semilla de su símbolo más cantado venía exactamente de los hombres a los que más necesitaba condenar.

Rodrigo apagó la pantalla y se quedó en la oscuridad.

No era absolución. Era algo más difícil que eso. Era la incomodidad de entender que la historia no se construye solo con hechos sino con decisiones sobre qué hechos recordar, qué nombres pronunciar y cuáles borrar, y que esas decisiones las toman hombres con intereses tan concretos y tan

discutibles como los de cualquiera de los personajes que la historia después juzga.

Afuera llovía en Xalapa. Como siempre.

CAPÍTULO 5

La guerra que México no podía ganar

Washington y el norte de México, 1846-1848

El 13 de mayo de 1846, el Congreso de los Estados Unidos declaró la guerra a México con una mayoría que los periódicos de Nueva Orleans celebraron como el inicio del destino que Dios le había reservado a la república anglosajona. James K. Polk firmó la declaración esa misma tarde en la Casa Blanca, con la satisfacción tranquila del que lleva dieciocho meses preparando exactamente ese momento.

Su secretario de Estado, James Buchanan, revisó el documento antes de que el presidente tomara la pluma.

—¿Está seguro de que queremos enmarcar esto como una agresión mexicana? —preguntó Buchanan—. Lincoln ya está preguntando en el Congreso en qué punto exacto del suelo americano cayó la primera gota de sangre americana.

Polk no levantó la vista del documento.

—Lincoln es un congresista de Illinois sin importancia —dijo—. Y el punto exacto es irrelevante. Lo que importa es que el Congreso lo creyó.

—Por ahora.

—Para cuando dejen de creerlo, ya habremos terminado. —Polk tomó la pluma—. México no puede pelear esta guerra, Buchanan. Lo saben ellos y lo sabemos nosotros. El único riesgo es que dure demasiado.

Firmó. Dobló el documento. Lo entregó al secretario que esperaba junto a la puerta.

—Mande llamar a Taylor —dijo—. Y que alguien avise a Santa Anna que puede volver del exilio en Cuba.

Buchanan lo miró.

—¿Sigue pensando que va a negociar la paz con nosotros?

—Pienso que es el único mexicano con suficiente poder para hacer que México acepte los términos que queremos. Si se equivoca en su cálculo, ese es su problema.

Lo que Polk había diseñado con la paciencia de un arquitecto era simple en su estructura y brutal en sus implicaciones: provocar a México en terreno disputado, obtener el pretexto para declarar la guerra, tomar California y Nuevo México antes de que nadie entendiera bien qué estaba pasando, y negociar la paz desde la Ciudad de México ocupada.

El pretexto había sido la escaramuza del 24 de abril de 1846 entre una patrulla estadounidense y fuerzas mexicanas al mando del general Mariano Arista, en el territorio entre el río Nueces y el río Bravo que México consideraba suyo y que Estados Unidos ya llamaba texano. Polk había enunciado ante el Congreso la mentira con la claridad de quien sabe que la claridad vende mejor que la verdad: sangre americana había sido derramada en suelo americano. El propio Abraham Lincoln, entonces joven congresista por Illinois, exigió que Polk mostrara exactamente en qué punto de suelo americano había caído esa sangre. Polk nunca respondió.

El Congreso votó de todas formas.

México en 1846 era un país que en los cuarenta años anteriores había tenido más de cincuenta cambios de gobierno. Cincuenta. Un promedio superior a uno por año. Cada crisis política se resolvía con un pronunciamiento, cada pronunciamiento generaba una facción, cada facción buscaba su propio general fuerte que la representara. El ejército que existía en el papel era, en el territorio, una ficción. Muchos soldados existían solo en nómina, pagados a oficiales que se embolsaban el sueldo sin rendir cuentas.

Santa Anna llegó del exilio en Cuba en agosto de 1846, con el permiso tácito de Polk y la convicción de que era el único capaz de darle a México alguna posibilidad de pelear con dignidad una guerra que no había pedido. Estableció su cuartel general en San Luis Potosí y comenzó a construir desde cero lo que llamaría en sus memorias el ejército que admiración causó al pasar por la ciudad.

El general Pedro Ampudia lo visitó a las dos semanas de su llegada.

—Las cifras no cuadran, mi general —dijo Ampudia, extendiendo los registros sobre la mesa—. Tenemos en papel dieciocho mil hombres. En realidad, contando los que están en condiciones de marchar, no llegamos a catorce mil.

—¿Y los otros cuatro mil?

—Algunos no existen. Otros existen pero están enfermos. Otros existen, están sanos, y desertarán en cuanto puedan.

Santa Anna miró los papeles durante un momento.

—¿Armamento?

—Para la mitad. Y la pólvora que tenemos es de mala calidad. Vino húmeda desde Guadalajara.

—¿Artillería?

—Suficiente para una batalla larga. Pero los artilleros no tienen práctica reciente.

Santa Anna se levantó y fue a la ventana. Afuera, en la plaza, un regimiento hacía ejercicios con la torpeza de los reclutas que llevan menos de un mes con un fusil en las manos.

—¿Quién armó a este ejército? —dijo, casi para sí mismo.

—Nadie, mi general. Nadie lo armó. Lo crearon en el papel y esperaban que cuando llegara el momento el papel se convirtiera solo en soldados.

Santa Anna permaneció mirando la plaza durante un rato largo.

—Salimos en enero —dijo al fin—. Vamos a La Angostura a buscar a Taylor. Si lo derrotamos ahí, el norte se estabiliza y tenemos tiempo de preparar la defensa del centro.

—Con este ejército, mi general...

—Con este ejército o sin él —dijo Santa Anna, volviéndose—. Es lo que hay, Ampudia. Y es lo que vamos a usar.

El 29 de enero de 1847, el Ejército del Norte partió de San Luis Potosí en pleno invierno. Llevaba reclutas que no habían disparado nunca un fusil, abrigos insuficientes para el frío del desierto nortero, provisiones para la mitad del tiempo que duraría la marcha, y un comandante que sabía todo eso y marchaba de todas formas porque la única alternativa era esperar a que los americanos llegaran solos.

Unos mil hombres se quedaron en el camino, muertos de frío o de fatiga o simplemente desaparecidos en el desierto sin que nadie pudiera ir a buscarlos.

Los días 22 y 23 de febrero de 1847, en el Puerto de La Angostura cercano a Saltillo, el ejército mexicano estuvo más cerca de ganar algo en toda esa guerra que en ningún otro momento.

El general Zachary Taylor había establecido posiciones defensivas en un paso de montaña con la sierra en el flanco derecho y barrancos que cortaban el avance por la izquierda. Santa Anna llegó con un ejército numéricamente superior, después de una marcha que había consumido a sus hombres antes de que pelearan.

El 22 de febrero los mexicanos atacaron. Al día siguiente siguieron atacando. El general John Wool, segundo de Taylor, galopó hasta él en el peor momento.

—General, estamos perdidos —dijo Wool.

Taylor lo miró sin moverse de su posición.

—Lo sé —dijo—. Pero nuestros soldados no lo saben. Así que no les digamos nada y veamos qué hacen.

Los soldados americanos no lo sabían. Siguieron peleando. Y la artillería que tenían era mejor que la mexicana y tenían carros llenos de munición y provisiones mientras los mexicanos llevaban dos días sin comer.

La tarde del 23 de febrero, las tropas mexicanas dominaban las alturas. Los americanos estaban acorralados. Todo apuntaba a que un día más de combate haría colapsar la línea de Taylor.

Esa noche, Santa Anna llamó a sus generales a consejo de guerra en Agua Nueva.

Ampudia llegó primero. Traía la cara del hombre que ya sabe lo que va a escuchar y preferiría no escucharlo.

—¿Cómo están los hombres? —preguntó Santa Anna.

—Agotados. Sin comida desde anteayer. La mitad de la artillería ligera está sin parque. —Ampudia hizo una pausa—. Pero ganamos las alturas hoy. Si mañana...

—¿Cuánto aguantan sin comer?

—Un día más. Tal vez dos.

—¿Y Taylor?

—Taylor tiene carros de suministros a dos horas de Saltillo.

Entraron los demás generales. Miñón. Lombardini. Santiago Blanco, que tenía la manga derecha con sangre seca de una herida que no había tenido tiempo de atender.

—Saltillo está cerca —dijo uno de los generales más jóvenes—. Si mandamos caballería esta noche a buscar provisiones...

—Ya mandé —dijo Santa Anna—. La caballería de Miñón lleva dos días sin dar noticias concretas del flanco enemigo. No cuenten con provisiones antes del mediodía de mañana.

—Entonces peleamos con lo que tenemos —dijo Blanco.

—¿Con qué parque? —dijo Ampudia—. ¿Con qué comida? Los hombres que hicieron ataques no autorizados hoy lo hicieron para quitarle la comida a los americanos que mataron. No porque fueran valientes. Porque tenían hambre. El silencio que siguió fue el silencio de los hombres que saben la respuesta pero esperan que alguien más la diga primero.

Santa Anna la dijo.

—Nos retiramos a Agua Nueva esta noche. Dejamos las fogatas encendidas para confundir a Taylor. Marchamos antes del alba.

—Mi general —dijo el general más joven—, si nos retiramos ahora, un día más y los teníamos.

—Un día más y los teníamos si mis hombres pudieran pelear sin comer y sin parque —dijo Santa Anna—. No pueden. Y yo no voy a mandarlos a morir mañana para que los historiadores digan dentro de cien años que estuvimos a punto de ganar.

—¿Y si nos retiramos y los historiadores dicen que tiramos la victoria? —dijo Ampudia en voz baja.

Santa Anna lo miró durante un momento.

—Eso también va a pasar —dijo—. Justificar esta orden me va a perseguir el resto de mi vida. Lo sé. Pero mis hombres necesitan comer más de lo que la historia necesita su victoria.

Nadie respondió.

—Nos vamos —dijo Santa Anna—. Ahora.

El general Carrasco, que llevaba toda la reunión callado en el rincón con una herida en la mejilla izquierda que le había dejado una esquirla de artillería esa tarde, salió último de la tienda. Afuera el desierto estaba helado y silencioso y las fogatas que dejaban encendidas para engañar a Taylor brillaban como si nada hubiera terminado todavía.

Años después, cuando ya era un viejo que dictaba sus memorias a su nieta Rosario porque no podía escribir bien con la mano derecha, Carrasco recordaría esa noche con la precisión de las cosas que marcan a un hombre de por vida.

—¿Fue una traición, abuelo? —preguntó Rosario, con el lápiz listo.

—Mira —dijo Carrasco—, yo estaba en ese cerro cuando dimos la orden de retirada. Mi estómago llevaba dos días vacío. El de los hombres de mi brigada también. Teníamos balas para un día más de combate, si acaso. ¿Le llamas a eso traición? Yo le llamo aritmética de la guerra.

—Pero entonces, ¿por qué lo llaman traidor?

El viejo Carrasco tardó en responder.

—Porque la aritmética de la guerra no explica cómo llegamos a ese cerro sin las provisiones para ganar. Eso sí que es la pregunta que nadie se ha hecho todavía. Y es la que habría que hacerle no al general que marchó con lo que había, sino a los que mandaron ese ejército a pelear con lo que no había.

Rosario copió eso sin abreviar nada, porque su abuelo le había dicho que si abreviaba algo no anotara nada.

La Ciudad de México cayó el 14 de septiembre de 1847. El Tratado de Guadalupe Hidalgo se firmó el 2 de febrero de 1848. México cedió California, Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah y partes de Colorado y Wyoming. Más de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados.

Rodrigo Sandoval terminó de leer sobre La Angostura a medianoche y se quedó con la pregunta del viejo Carrasco resonando en el cuarto vacío de su departamento en la colonia Animas. No era la pregunta de si Santa Anna traicionó a México en ese paso de montaña de Coahuila. Era la pregunta de cómo México llegó a ese paso de montaña sin las provisiones para ganar.

Buscó en el repositorio la composición del presupuesto militar mexicano en 1846. Encontró lo que esperaba y lo que ningún libro de texto de secundaria mencionaba: que el ejército llevaba años financiado a la mitad de lo que necesitaba porque el erario estaba en quiebra, porque los pronunciamientos consumían los recursos antes de que llegaran a las tropas, porque los generales cobraban nóminas de soldados que no existían.

Abrió su ensayo y escribió la frase que llevaba semanas buscando:

"Culpar a Santa Anna de la pérdida de la mitad del territorio nacional es como culpar al capitán del barco de que el barco no tenía quilla. El capitán

tomó malas decisiones. Pero alguien construyó el barco sin quilla. Y ese alguien nunca compareció ante ningún tribunal de la historia."

Subrayó la última parte. La borró. La volvió a escribir.

Era verdad. Era incómoda. Era exactamente el tipo de verdad que la historia oficial prefiere no contar porque si la cuentas tienes que distribuir la responsabilidad entre muchos más actores, y eso es más difícil que señalar a un solo hombre y llamarlo traidor.

Afuera llovía en Xalapa. Rodrigo apagó la computadora y se quedó sentado en la oscuridad durante un rato, pensando en un ejército de catorce mil hombres marchando por el desierto en enero con abrigos insuficientes hacia una batalla que alguien en Washington ya sabía que iban a perder.

CAPÍTULO 6

La Alteza Serenísima y la venta de La Mesilla

Ciudad de México, 1853-1855

En abril de 1853, Antonio López de Santa Anna regresó al poder por última vez. Tenía cincuenta y nueve años, una pierna de madera, una reputación en ruinas y, sin embargo, nadie más quería o podía manejar el caos que era México en ese momento. El país llevaba siete años sin recuperarse de la guerra contra los Estados Unidos. El erario estaba vacío. El ejército era una ficción de papel con uniforme. Y la única figura que todavía convocaba lealtades suficientes para mantener el gobierno en pie era la misma que había convocado lealtades en los últimos treinta años, con todos los resultados que eso implicaba.

Lo primero que hizo Santa Anna al asumir fue disolver el Congreso.

Lo segundo fue eliminar la Suprema Corte de Justicia y reemplazarla con un pequeño grupo de juristas de su confianza.

Lo tercero fue proclamarse Su Alteza Serenísima.

El secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Díez de Bonilla, lo encontró revisando el decreto en el despacho presidencial la tarde antes de que fuera publicado. Díez de Bonilla era un hombre de maneras precisas que elegía sus palabras con la misma cuidado con que elegía sus corbatas.

—Mi general —dijo, dejando el decreto sobre la mesa—, el título de Alteza Serenísima es un título europeo. Napoleónico, específicamente.

—Lo sé.

—México es una república.

—México es lo que yo diga que es mientras nadie pueda decir otra cosa —dijo Santa Anna sin levantar la vista de los otros papeles que revisaba—. Y en este momento nadie puede.

—Con respeto, mi general, el efecto que este título puede tener en la opinión pública...

—Díez de Bonilla. —Santa Anna dejó los papeles y lo miró directamente—. Llevo treinta años en la política mexicana. Sé exactamente qué efecto tiene en la opinión pública. El efecto es que la mitad del país me va a odiar más de lo que ya me odia, y la otra mitad va a verme con el mismo respeto con que se ve a alguien que se atreve a hacer lo que los demás solo piensan. —Volvió a los papeles—. El decreto se publica mañana.

Díez de Bonilla se retiró sin decir nada más. Esa noche, en su diario, anotó tres palabras que no repetiría en público durante años: *"Esto terminará mal."*

Lo que siguió fueron medidas que el gobierno presentaba como necesarias y que sus opositores — cada vez más numerosos y mejor organizados — llamaban exactamente lo que eran: los actos de un hombre que había confundido su permanencia en el poder con la necesidad del país.

Los impuestos sobre las ventanas, sobre los perros, sobre los caballos. La censura de la prensa. El destierro de los críticos más articulados, entre ellos Melchor Ocampo, que pasó por el fuerte de San Juan de Ulúa antes de terminar en Nueva Orleans, donde escribiría panfletos con la eficiencia furiosa de quien ha convertido su indignación en oficio.

Ocampo le escribió a un amigo en Michoacán desde Nueva Orleans en enero de 1854, con la letra apretada de quien tiene mucho que decir y poca tinta disponible:

"El héroe de sainete sigue en el poder porque México todavía no aprende que un hombre que regresa once veces no es un salvador: es un síntoma. El síntoma de que no hemos construido nada que funcione sin él. Y mientras eso sea verdad, él seguirá volviendo, porque siempre habrá una crisis que solo él puede resolver, y la crisis siempre será la que él mismo produjo en el periodo anterior."

La carta nunca llegó a su destino. La interceptó el consulado mexicano en Nueva Orleans. Santa Anna la leyó, según contaría después quien se la mostró, con la expresión de alguien que reconoce una descripción exacta de sí mismo y no puede contradecirla.

En octubre de 1853, llegó a Ciudad de México el comisionado James Gadsden, enviado por el presidente Franklin Pierce con instrucciones muy precisas y una amenaza que no estaba escrita en ningún documento pero que flotaba en cada conversación: los Estados Unidos necesitaban el territorio de La Mesilla para el ferrocarril transcontinental, y si México no quería venderlo, habría otras maneras de obtenerlo.

Gadsden se reunió con Santa Anna en el despacho presidencial un martes de octubre. Era un hombre alto, de voz pausada, que tenía la costumbre de dejar que el silencio trabajara antes que las palabras.

—Mi gobierno —dijo Gadsden, después de los saludos de rigor— está interesado en adquirir el Valle de La Mesilla. Así como ciertos territorios adicionales que facilitarían el trazado del ferrocarril del sur.

—Territorios adicionales —repitió Santa Anna.

—Sonora. Chihuahua. Baja California. Mi gobierno estaría dispuesto a pagar cincuenta millones de dólares por el conjunto.

Hubo un silencio.

—¿Cincuenta millones? —dijo Santa Anna.

—Es una suma considerable.

Santa Anna se recostó en su silla con la pausa del que está calculando y no quiere que el otro lo vea calcular.

—Mr. Gadsden —dijo al fin—. ¿En cuánto valúa usted La Mesilla específicamente?

—Mi gobierno consideraría...

—Le pregunto su opinión, no la de su gobierno.

Gadsden lo miró un momento.

—Diez millones. Quizás doce.

—Y los territorios adicionales que mencionó antes.

—Cuarenta millones más, aproximadamente.

Santa Anna asintió despacio.

—Yo valúo La Mesilla materialmente en cincuenta millones de dólares.

Gadsden no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Eso es mucho dinero, mi general.

—Señor mío —dijo Santa Anna—, cuando el poderoso tiene interés en poseer lo ajeno, lo paga bien.

Gadsden cerró la carpeta que tenía sobre las rodillas.

—Entiendo. ¿Y los territorios adicionales?

—No están en venta.

—Mi instrucciones...

—Sus instrucciones pueden ajustarse —dijo Santa Anna—. Las mías no. México venderá el Valle de La Mesilla porque lo necesita y porque es territorio que en las condiciones actuales no podemos defender ni administrar. No venderá Sonora, Chihuahua ni Baja California. No porque seamos capaces de defenderlos mejor, sino porque hay límites que un gobierno mexicano no puede cruzar sin que lo cuelguen sus propios ciudadanos antes de que lo haga usted.

Gadsden lo miró durante un momento largo.

—¿Y si mi gobierno insistiera?

Santa Anna lo miró con la expresión del que ha tenido esta conversación antes, en otros cuartos, con otros americanos que tenían distintas maneras de decir lo mismo.

—Entonces tendría usted un problema de relaciones públicas, Mr. Gadsden. Porque el mundo ya vio lo que su país le hizo a México en el cuarenta y siete.

Una segunda invasión por territorio que nadie en Europa consideraría justificada generaría una solidaridad internacional que a Washington no le conviene. —Hizo una pausa—. Pero le propongo que no lleguemos a ese punto. La Mesilla tiene precio. El resto del país no.

El tratado se firmó el 30 de diciembre de 1853. Setenta y seis mil ochocientos cuarenta y cinco kilómetros cuadrados. Diez millones de dólares: siete en el acto de la firma, tres al establecer la nueva frontera.

Lo que ocurrió con ese dinero fue, en palabras de cualquier auditor que hubiera tenido acceso a las cuentas, una demostración magistral de cómo un gobierno puede gastar diez millones de dólares sin que nadie pueda explicar exactamente a dónde fueron.

El ochenta y seis por ciento de lo que llegó a los bancos fue a reembolsar adelantos de prestamistas — Barrón, los hermanos Mosso, Iturbe, Rubio, Jecker — con sus intereses correspondientes. Cuarenta y dos por ciento fue a manos del empresario Escandón, el favorito del régimen. Santa Anna ordenó que le destinaran quince mil pesos para sus gastos personales, que él llamó comisión secreta, con la misma naturalidad con que uno reserva una mesa en un restaurante.

Díez de Bonilla, que había llevado la negociación con una habilidad que Santa Anna nunca reconocería públicamente, encontró al presidente en el despacho la tarde en que llegaron los primeros reportes de cómo se distribuía el dinero.

—Mi general, las cuentas de Escandón...

—Escandón ha sido leal —dijo Santa Anna.

—Ha recibido cuatro millones de dólares del tratado de La Mesilla.

—Y ha prestado tres veces eso al gobierno en los últimos dos años. —Santa Anna firmó un papel sin mirarlo—. No me hable de lo que Escandón recibe si no va a hablarme de lo que Escandón dio.

—La opinión pública...

—La opinión pública —dijo Santa Anna, dejando la pluma— no paga las deudas del Estado. Escandón sí. Esa es la diferencia.

Díez de Bonilla se retiró. Esa noche escribió en su diario las mismas tres palabras que había anotado nueve meses antes. Esta vez las subrayó dos veces.

En Nueva Orleans, Melchor Ocampo leyó los reportes del tratado de La Mesilla en los periódicos que llegaban con semanas de retraso y escribió en su cuaderno algo que Benito Juárez, sentado a su lado en la misma mesa, leyó por encima de su hombro.

—¿Le parece sorprendente? —preguntó Juárez.

—No —dijo Ocampo—. Me parece perfectamente consistente. Un hombre que ha vendido todo lo que podía vender por treinta años eventualmente

vende territorio. La dirección era predecible. Solo la velocidad es sorprendente.

—¿Y qué hacemos con eso?

Ocampo dejó el lápiz sobre la mesa y miró por la ventana el Mississippi ancho y marrón de enero.

—Lo mismo que siempre —dijo—. Esperar a que caiga. Y tener listo lo que viene después.

El Plan de Ayutla se proclamó el 1 de marzo de 1854. Santa Anna lo leyó esa mañana en el despacho presidencial y llamó a su secretario.

—¿Quién es Juan Álvarez?

—Un general con base en Guerrero, mi general. Conocido liberal. Ha operado en el sur durante años.

—¿Cuánta gente tiene?

—No mucha todavía.

—¿Y qué pide?

El secretario leyó el documento.

—Básicamente que usted renuncie y que se convoque un Congreso constituyente.

Santa Anna tomó el papel, lo leyó, lo dejó sobre la mesa.

—Mande las tropas del sur a sofocarlo.

—¿Cuántas?

—Las que haya.

Las que había no fueron suficientes. El movimiento creció. Los liberales exiliados regresaron. Las ciudades empezaron a sumarse una a una con la misma lógica que las ciudades siempre usan cuando huelen que el poder está cambiando de manos.

El 9 de agosto de 1855, Santa Anna abandonó Ciudad de México antes del amanecer. Se dirigió a Veracruz, donde embarcó hacia el Caribe. No huyó en el sentido dramático de la palabra: salió con su equipaje, con calma, con la expresión del hombre que ha calculado que quedarse costaría más de lo que vale.

En el muelle de Veracruz, antes de subir al barco, se detuvo un momento y miró el puerto donde había peleado treinta años antes cuando los franceses desembarcaron y donde había perdido la pierna que hizo enterrar con honores. Un edecán joven que lo acompañaba no supo qué decir.

—¿Extraña algo, mi general?

Santa Anna lo miró un momento.

—Extraño el país que pudo haber sido —dijo—. El que tuve en las manos varias veces y no supe sostener.

Subió al barco sin decir más.

Rodrigo Sandoval terminó de leer sobre La Mesilla en el repositorio de la UNAM a las diez de la mañana de un lunes y pasó la siguiente hora revisando las cuentas del tratado que Relatos e Historias en México había reconstruido con documentos del Archivo General de la Nación.

En el siguiente seminario abrió las notas sin preámbulo.

—Este capítulo —dijo— es el más difícil de defender.

Daniela levantó la vista de sus apuntes.

—¿Cuál?

—La Mesilla. El dinero de Escandón. Los quince mil pesos de comisión secreta. —Rodrigo cerró la carpeta—. Aquí sí hay corrupción documentada. Aquí sí hay un hombre que usó el cargo para enriquecerse. Aquí no puedo argumentar que era solo el contexto.

—Entonces admites que era un traidor —dijo Gerardo.

—No. Admito que era corrupto. Que no es lo mismo. —Rodrigo abrió la carpeta de nuevo—. Traición implica actuar deliberadamente contra los intereses de tu país por lealtad a una potencia extranjera. Lo que hizo en La Mesilla fue vender territorio que no podía defender, a un precio razonable dado el contexto, y quedarse con parte del dinero. Eso es corrupción y es autoritarismo. Pero no es traición en el sentido técnico.

—¿Y la Alteza Serenísima? —dijo Daniela—. ¿Eso tampoco es nada?

—Eso es vanidad. Que en un presidente es peligrosa. Pero tampoco es traición.

—Entonces la pregunta es —dijo el doctor Fuentes desde su escritorio, sin levantar los ojos— si la historia que lo llama traidor lo llama así por lo que realmente hizo, o porque traidor es la categoría más fácil de entender para explicar por qué México quedó como quedó.

—Creo que lo segundo —dijo Rodrigo.

—¿Y eso absuelve lo primero?

—No —dijo Rodrigo—. Pero lo sitúa donde debe estar. Lo corrupto en su columna. Lo autoritario en la suya. Lo que era el contexto del país en la suya. Y la traición, que es la acusación más grave, en la columna de las cosas que no están probadas.

Hubo silencio en el seminario. Por la ventana entraba la luz de la tarde de Xalapa, esa luz que tiene el verde mojado de la montaña mezclado con el amarillo particular del final del día.

—¿Cuántos capítulos te faltan? —preguntó Daniela.

—Dos —dijo Rodrigo—. El exilio y la muerte. Y el capítulo donde el lector decide qué hacer con todo lo que aprendió.

—¿Y qué va a decidir el lector?

Rodrigo la miró un momento.

—Eso —dijo— ya no es mi problema.

CAPÍTULO 7

El exilio y el silencio

Cuba, Colombia, Nassau, Staten Island, México — 1855-1876

El primer exilio había durado meses. El segundo, años. El tercero, que comenzó en agosto de 1855 cuando Santa Anna embarcó en Veracruz con su equipaje y la expresión del que sabe que esta vez es diferente, duraría diecinueve años.

No lo sabía todavía cuando zarpó. Los hombres que salen al exilio raramente saben cuánto tiempo van a estar fuera. Si lo supieran, muchos no saldrían.

Cuba primero. Colombia después. Jamaica un tiempo. Luego las islas de Saint Thomas y Nassau, en las Bahamas, donde el gobierno de Juárez lo condenó al exilio formal después de que intentara desembarcar en Yucatán y lo capturaran en Campeche y lo encerraran en San Juan de Ulúa — ese fuerte frente al puerto de Veracruz que conocía demasiado bien desde el otro lado — hasta que una corte militar decidió que era menos peligroso desterrarlo que juzgarlo.

En 1866 el gobierno de Juárez lo declaró oficialmente Traidor a la Patria.

Santa Anna leyó el decreto en Nassau, sentado en el portal de la casa que rentaba a media cuadra del mar, con la carta de su abogado en una mano y el decreto en la otra. Su segunda esposa, Dolores Tosta, estaba adentro. Afuera, el Caribe tenía ese azul que tiene el Caribe en las tardes de octubre, indiferente y perfecto.

—Dolores —llamó.

Ella salió.

—¿Qué dice?

Santa Anna le extendió el decreto sin responder. Ella lo leyó de pie, con el sol en la cara.

—Traidor a la Patria —dijo.

—Sí.

—¿Y eso qué significa legalmente?

—Que no puedo regresar mientras Juárez esté en el poder. — Santa Anna dobló la carta del abogado y la guardó en el bolsillo—. También significa que encontraron la manera de ponerme un nombre que la gente pueda recordar fácilmente. Traidor. Una sola palabra. Muy conveniente.

—¿Le molesta?

Santa Anna la miró durante un momento.

—Me molesta que sea inexacto —dijo—. Si hubiera querido traicionar a México tenía treinta años de oportunidades para hacerlo con más eficiencia.

—Volvió a mirar el mar—. Lo que me molesta de verdad es que van a

enseñar esa palabra en las escuelas. Y los niños la van a aprender sin saber lo que está detrás.

—¿Y qué está detrás?

—Un hombre que cometió todos los errores posibles —dijo Santa Anna— y que de todas formas, cada vez que México lo necesitó, fue.

Dolores no respondió. Entró a la casa y cerró la puerta con suavidad.

En Nassau, en los años que siguieron, Santa Anna pasaba las tardes escribiendo. No cartas, aunque también escribía cartas — a políticos mexicanos que raramente respondían, a generales retirados que a veces respondían, a periódicos que nunca publicaban lo que mandaba. Lo que escribía en las tardes era lo que llamaría sus memorias: *Mi historia militar y política, 1810-1874*.

Escribía despacio, con la letra cada vez menos segura de un hombre que empezaba a tener problemas con la vista, en un cuaderno grueso que reemplazaba cuando se llenaba y guardaba en una caja de madera bajo la cama. No tenía secretario. No tenía ayudante. Tenía a Dolores, que a veces le leía en voz alta lo que había escrito para que él pudiera escucharlo desde afuera y decidir si sonaba como lo que había querido decir.

Una tarde de 1869, ella leyó el pasaje sobre San Jacinto. Cuando terminó, hubo silencio.

—¿Qué piensas? —preguntó Santa Anna.

—Que suena como un hombre que todavía está justificándose.

—¿Y?

—Y que quizás debería sonarlo. Porque nadie más va a justificarlo.

Santa Anna tomó el cuaderno y lo miró durante un momento.

—¿Crees que lo leerán? —dijo.

—¿Quién?

—Los mexicanos. Algún día.

—No lo sé. —Dolores se sentó frente a él—. ¿Importa?

—Importa —dijo Santa Anna—. Porque si no lo leen, la única versión que queda es la de Juárez. Y la versión de Juárez dice que fui un traidor. Y si esa es la única versión que existe, entonces lo fui.

—¿Y si leen la tuya?

—Entonces habrá dos versiones. Y cuando hay dos versiones, al menos hay una pregunta. Y las preguntas son mejor que los veredictos.

Dolores lo miró con la expresión de la mujer que lleva veinte años casada con un hombre y que todavía no sabe si lo admira o lo lamenta.

—Termina el capítulo —dijo—. Ya es tarde.

En 1864, durante el caos del Imperio de Maximiliano, Santa Anna regresó brevemente a México intentando encontrar un lugar en el nuevo orden. No lo

encontró. El Imperio no lo necesitaba. Los liberales lo odiaban. Se fue de nuevo.

En Staten Island, Nueva York, donde pasó un tiempo en los años siguientes, tuvo una conversación que ningún documento registró pero que su ayudante de entonces, un joven mexicano llamado Ramírez, contaría décadas después a quien quisiera escucharlo.

Un periodista americano que había seguido su carrera desde lejos fue a visitarlo. Venía a hacer una entrevista para un periódico de Nueva York que quería una historia sobre el general mexicano que había peleado contra los Estados Unidos y perdido la mitad de un país.

El periodista llegó con su cuaderno y su pluma y la certeza profesional de que ya sabía lo que iba a encontrar.

—General —dijo, después de los saludos—. Si pudiera volver atrás, ¿qué haría diferente?

Santa Anna lo miró durante un momento.

—Todo —dijo.

El periodista escribió eso.

—¿Puede ser más específico?

—Puedo. Pero no voy a serlo.

—¿Por qué?

—Porque si le digo exactamente qué haría diferente, usted va a publicar que admití mis errores, y la historia va a decir que al final reconocí que fui el villano. Y no lo fui. Cometí errores. Hay diferencia.

—¿Cuál es la diferencia?

—Un villano actúa con mala intención desde el principio —dijo Santa Anna—. Un hombre que comete errores actúa con intención imperfecta y con información incompleta y en condiciones que usted, sentado en ese sillón en 1869, no puede imaginar. —Hizo una pausa—. ¿Usted estuvo en San Jacinto?

—No, general.

—¿En La Angostura?

—No.

—¿En Tampico en 1829?

—Tampoco.

—Entonces —dijo Santa Anna— escríbame a mí. No a la versión de mí que le conviene a la historia.

El periodista escribió la entrevista. La publicó. Nadie en México la leyó.

El regreso llegó en 1874, cuando Sebastián Lerdo de Tejada, que había asumido la presidencia después de la muerte de Juárez, extendió la amnistía que Santa Anna había pedido durante años. Lerdo era un hombre de maneras correctas que entendía que un anciano de ochenta años ciego y

arruinado representaba menos peligro político que el mito que podía construirse alrededor de un exiliado eterno.

Santa Anna llegó al puerto de Veracruz el mismo muelle donde había perdido la pierna treinta y seis años antes. Nadie fue a recibirlo.

Tomó un coche de alquiler hasta la Ciudad de México. Se instaló en la calle de Vergara número 14, en el Centro Histórico. Era una habitación en una vecindad, no el palacio que había ocupado once veces como presidente. La renta la pagaba Dolores con lo que quedaba de sus ahorros.

Al mes de estar en México, mandó una carta al gobierno solicitando la restitución de su grado militar y la devolución de los bienes confiscados. La carta fue recibida, registrada y archivada. Nadie respondió.

Mandó otra carta. Tampoco respondieron.

Un día de octubre de 1874, el nieto de uno de sus antiguos edecanes lo encontró caminando lentamente por el jardín de la Alameda, apoyado en un bastón, con las cataratas que no había querido operarse haciendo que el mundo fuera una sucesión de formas borrosas. El joven se detuvo, dudó, y finalmente se acercó.

—¿General Santa Anna?

Santa Anna se volvió hacia la voz.

—¿Quién es usted?

—Carlos Mendoza, mi general. Mi abuelo sirvió bajo sus órdenes en la campaña de Texas.

—¿El coronel Mendoza?

—Sí, mi general.

Santa Anna extendió la mano, que el joven tomó con la incomodidad de quien no sabe exactamente qué protocolo aplica.

—¿Cómo está su abuelo?

—Murió en el 58, mi general. Durante la Guerra de Reforma.

—Lo lamento. —Santa Anna soltó la mano—. Era un buen oficial.

Hubo un silencio.

—¿Puedo preguntarle algo, mi general?

—Puede.

—¿Cómo está?

Santa Anna consideró la pregunta durante un momento con la seriedad que se le da a las preguntas que parecen simples y no lo son.

—Viejo —dijo al fin—. Y con la sensación de que llegué tarde a mi propio país.

El joven no supo qué decir a eso. Se despidió con una inclinación y se alejó por la Alameda.

Santa Anna siguió caminando, despacio, con el bastón y las formas borrosas y el ruido de la ciudad que seguía siendo la misma ciudad de siempre aunque ya no fuera su ciudad.

La persona ficticia que lo vio pasar ese día fue Concepción, cuarenta y ocho años, costurera, hija de un soldado que había peleado bajo sus órdenes en la guerra del 47. Vivía en la colonia Guerrero y venía al centro a comprar tela cuando lo vio cruzar la calle de Vergara con el bastón y la pierna de madera y la expresión de nadie.

No lo reconoció de inmediato. Lo reconoció cuando alguien a su lado dijo en voz baja el nombre, y entonces se quedó mirando hasta que dobló la esquina.

Esa noche le contó a su hija lo que había visto.

—¿Y cómo estaba? —preguntó la hija.

Concepción tardó un momento en responder.

—Igual que cualquier viejo que camina solo por una ciudad que ya no lo recuerda —dijo—. Exactamente igual.

El 21 de junio de 1876, a los ochenta y dos años, Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón murió en su habitación de la calle de Vergara número 14, de diarrea crónica aguda, casi sordo, casi ciego por las cataratas que nunca quiso operarse, sin dinero, sin grado militar restituido, sin bienes devueltos.

Ese mismo año, Porfirio Díaz daba el golpe que inauguraba una era que duraría treinta y cinco años más.

Ningún periódico importante cubrió la muerte en primera plana.

Rodrigo Sandoval encontró el acta de defunción digitalizada en el repositorio del Registro Civil de la Ciudad de México. La leyó dos veces. La causa de muerte estaba anotada con la letra neutra de los funcionarios que llevan todo el día registrando el fin de las vidas de otros: *gastroenteritis crónica aguda*. Debajo, el nombre completo con todos sus santos: Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón.

Once veces presidente de México. Muerto de diarrea en un cuarto de vecindad.

Rodrigo copió el dato en su libreta sin saber todavía qué iba a hacer con él. Lo miró durante un momento. Luego escribió debajo:

"La historia le dio el nombre que le convenía. La causa de muerte le dio la proporción real."

Lo pensó. Lo tachó. Lo dejó.

Al día siguiente llegó al seminario con el acta impresa y la puso sobre la mesa sin decir nada. Daniela la tomó, la leyó, la dejó.

—Gastroenteritis —dijo.

—Sí.

—Qué manera de terminar.

—¿Cuál es la manera correcta de terminar? —preguntó Rodrigo.

Daniela no respondió de inmediato.

—Supongo que ninguna lo es —dijo al fin.

—Exacto. —Rodrigo tomó el acta y la guardó en su carpeta—. Por eso el siguiente capítulo es el más difícil. Porque después de todo lo que leímos, de todos los documentos y las batallas y los tratados y los exilios, lo que queda es un hombre que murió de diarrea en un cuarto rentado mientras el país que gobernó once veces estaba demasiado ocupado en otra cosa para despedirse. Y yo tengo que decidir qué hago con eso.

—¿Qué puedes hacer? —dijo el doctor Fuentes desde su escritorio.

—Ponerlo en el ensayo tal como es —dijo Rodrigo—. Sin adornos y sin crueldad. Porque adornarlo sería mentir. Y ser cruel sería fácil. Y ni la mentira ni la facilidad le hacen justicia a algo que es simplemente triste.

El doctor Fuentes lo miró durante un momento.

—Eso —dijo— es exactamente lo que debe decir un historiador cuando termina de revisar el expediente de un hombre.

Rodrigo asintió. Cerró la carpeta.

Afuera llovía en Xalapa, como siempre, como si la ciudad no supiera hacer otra cosa en las tardes.

CAPÍTULO 8

Lo que la historia necesitaba que fuera

Xalapa, presente

El seminario del doctor Fuentes tenía cupo para doce estudiantes y ese jueves había once. Gerardo llegó tarde y entró sin disculparse, como tenía por costumbre. Daniela tenía el café sobre la mesa y los apuntes abiertos. Rodrigo tenía sus siete capítulos de notas en una carpeta azul que había empezado a engordar desde septiembre y que ahora tenía el grosor de algo que ya no cabe en un bolsillo.

Era el día de las presentaciones finales.

El doctor Fuentes acomodó su silla y miró al grupo con la expresión del hombre que lleva veinte años haciendo esto y que todavía no sabe exactamente qué va a pasar cuando un estudiante abre la boca.

—Sandoval —dijo—. Usted primero.

Rodrigo abrió la carpeta. Miró las primeras páginas. Las cerró.

—Voy a presentar sin notas —dijo.

El doctor Fuentes levantó una ceja.

—Es su decisión.

—La tesis —dijo Rodrigo, poniéndose de pie— es esta: Antonio López de Santa Anna no fue un traidor en el sentido preciso del término. Fue corrupto. Fue autoritario. Fue vanidoso de una manera que en un presidente resulta peligrosa. Tomó decisiones militares equivocadas en momentos críticos. Pero traición implica actuar deliberadamente contra los intereses de tu país por lealtad a una potencia extranjera. Y eso, en ninguno de los episodios que revisé, aparece probado en un solo documento primario.

Silencio.

—Lo que sí aparece probado —siguió Rodrigo— es que la historia oficial mexicana necesitaba un culpable para explicar por qué México quedó como quedó después de cuarenta años de caos institucional. Y Santa Anna era el candidato más conveniente porque era el más visible, el más recurrente, el que había estado en todos los momentos donde algo salió mal. Ponerle la etiqueta de traidor permitía no hacer la pregunta más incómoda: ¿quién construyó el país sin quilla que se hundió cuando llegó la tormenta?

Daniela levantó la mano.

—¿Me permites?

—Adelante.

—Esa lógica —dijo Daniela— puede usarse para absolver a cualquiera. Si siempre podemos decir que el contexto explica todo, ¿dónde está la responsabilidad individual?

—En los actos concretos —dijo Rodrigo—. La corrupción de La Mesilla es responsabilidad individual. El autoritarismo de la Alteza Serenísima es responsabilidad individual. La retirada de La Angostura, que puede discutirse, es responsabilidad individual. Estoy dispuesto a ponerlos todos en su columna correspondiente. Lo que no estoy dispuesto a hacer es llamar traición a lo que no fue traición, porque si todo es traición entonces la palabra ya no significa nada.

—¿Y la pérdida de Texas? —dijo Gerardo—. ¿La firma bajo coacción?

—El gobierno mexicano de 1836 declaró que esa firma era inválida porque fue hecha bajo coacción —dijo Rodrigo—. Y lo declaró en documento oficial. Un gobierno no puede declarar una firma inválida por coacción y al mismo tiempo usar esa firma como prueba de traición. Las dos cosas no pueden ser verdad al mismo tiempo. Y sin embargo durante ciento ochenta años hemos vivido como si lo fueran.

El doctor Fuentes había estado escuchando con los brazos cruzados y la expresión de quien guarda lo que quiere decir para el momento correcto.

—Sandoval —dijo—, ¿cuál es la pregunta que su ensayo no puede responder?

Rodrigo lo miró.

—¿Cuál?

—Todos los ensayos tienen una pregunta que no pueden responder. La que está debajo de la que responden. ¿Cuál es la suya?

Rodrigo pensó durante un momento.

—Si Mexico hubiera construido mejores instituciones en la primera mitad del siglo XIX —dijo—, ¿habría necesitado a Santa Anna once veces? ¿O habría necesitado a alguien como él aunque no fuera él?

—¿Y cuál cree que es la respuesta?

—Creo que habría necesitado a alguien —dijo Rodrigo—. Porque el problema no era Santa Anna. El problema era que México resolvía sus crisis con hombres fuertes en lugar de instituciones fuertes. Y eso no lo inventó Santa Anna. Lo heredó, lo usó y lo perpetuó. Igual que todos los que vinieron antes y después.

—¿Y eso lo absuelve?

—No —dijo Rodrigo—. Pero lo sitúa. Y situarlo correctamente es lo que permite aprender algo de él. Porque si solo lo condenamos, aprendemos que los traidores existen y que hay que evitarlos. Y eso no nos enseña nada sobre por qué los producimos.

Daniela había estado tomando notas. Levantó la vista.

—¿Sabes cuál es el problema con tu tesis? —dijo.

—Dime.

—Que es correcta. —Hizo una pausa—. Y que es mucho más difícil de recordar que "traidor".

—Lo sé —dijo Rodrigo—. Pero la historia que se recuerda fácil no es necesariamente la historia que enseña bien.

El doctor Fuentes no dijo nada durante un momento. Luego abrió su cuaderno y escribió algo que Rodrigo no pudo leer desde donde estaba.

—Siéntese, Sandoval —dijo—. Buen trabajo.

Rodrigo se sentó. Abrió la carpeta y miró la primera página de sus notas. La primera frase que había escrito, semanas atrás, cuando todavía no sabía muy bien lo que buscaba: *¿Quién decidió que Santa Anna era el culpable, y qué necesitaba que lo fuera?*

Ahora tenía una respuesta. No era cómoda. No cabía en un titular. No podía enseñarse en un examen de opción múltiple.

Pero era honesta. Y la honestidad, en historia, era el único estándar que valía.

Después del seminario, Rodrigo fue a la cafetería con Daniela y Gerardo. Pidieron café. Afuera llovía, como siempre en Xalapa cuando uno no está prestando atención.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Daniela.

—Raro —dijo Rodrigo—. Como cuando terminas un libro muy largo y no sabes qué hacer con las manos.

—¿Cambiate de opinión sobre él? —dijo Gerardo.

Rodrigo pensó en eso.

—No cambie de opinión —dijo—. Cambié la pregunta. Y cuando cambias la pregunta, lo que obtienes ya no es una opinión. Es algo más complicado que eso.

—¿Más complicado cómo?

—Más parecido a entender —dijo Rodrigo.

Daniela tomó su café.

—¿Y entender es suficiente?

—Depende de qué estás buscando —dijo Rodrigo—. Si buscas a alguien a quien culpar, no. Si buscas no repetir los mismos errores, sí.

—¿Y cuáles fueron los errores? —dijo Gerardo—. ¿Los de él o los del país?

—Los dos son la misma respuesta —dijo Rodrigo—. Eso es lo que aprendí.

Pagaron el café. Salieron a la lluvia de Xalapa, que seguía cayendo con esa constancia que no distingue entre estaciones ni entre siglos.

Rodrigo caminó solo de regreso a su departamento. Pasó frente a la Universidad Veracruzana, por la calle donde dos siglos antes el niño Antonio López de Santa Anna había crecido sin saber todavía que la historia lo estaba esperando con una sentencia ya redactada.

No pensó en nada en particular. O pensó en todo al mismo tiempo, que viene siendo lo mismo.

Entró a su departamento, colgó la chamarra mojada, abrió la computadora. El documento del ensayo estaba donde lo había dejado, con el cursor parpadeando en la última línea.

Empezó a escribir el párrafo final.

EPÍLOGO

La pregunta que tú tienes que responder

Xalapa, presente

El ensayo quedó entregado un martes por la mañana. Cuarenta y tres páginas, diecisiete fuentes primarias, una bibliografía que incluía documentos del Archivo General de la Nación, el repositorio de la Universidad de Texas, el Wikisource en español y tres números digitalizados de la Gaceta del Gobierno de México de 1836.

La calificación llegó el viernes siguiente por correo electrónico. Rodrigo la abrió en el café de siempre, con el mismo café de siempre, y la leyó dos veces para asegurarse de que decía lo que decía.

Decía lo que decía. Guardó el teléfono.

Siguió mirando por la ventana.

Afuera pasaba Xalapa con su lluvia y su olor a café y sus calles empedradas que van hacia el mercado o hacia la universidad o hacia el cerro, dependiendo de qué dirección uno elija. Una ciudad de tránsito, de gente que llega de paso y se queda más de lo planeado. La misma ciudad donde en 1794 nació un niño que a los dieciséis años decidió que el ejército era su único camino y que a los ochenta y dos murió en un cuarto de vecindad de la Ciudad de México sin que su país encontrara el momento de despedirse.

Rodrigo pensó en Santa Anna. En Tampico. En El Álamo. En la siesta de San Jacinto. En la habitación de Orozimbo con los papeles y la pluma y el hombre afuera preguntando por qué no lo habían ahorcado todavía. En La Angostura con el ejército sin comida. En el portal de Nassau con el decreto de traidor sobre las rodillas y el Caribe al fondo.

Y pensó en la pregunta que el doctor Fuentes le había hecho y que seguía sin tener respuesta definitiva: si México hubiera construido mejores instituciones, ¿habría necesitado a Santa Anna once veces?

No lo sabía. Nadie lo sabía. Esa era la condición de la historia contrafactual: te permite imaginar lo que pudo ser sin garantizarte que habría sido mejor.

Lo que sí sabía era lo que había aprendido en dieciséis semanas de buscar documentos a medianoche y de discutir con Daniela y de escuchar al doctor Fuentes y de leer las memorias de un hombre que murió convencido de que la posteridad le haría justicia y que todavía estaba esperando.

Había aprendido que juzgar a un personaje histórico desde la comodidad del presente es un acto que requiere más honestidad de la que usualmente le damos. Que saber cómo terminó todo cambia la manera en que vemos cada decisión que se tomó antes de que terminara. Que los veredictos fáciles dicen más sobre quién los pronuncia que sobre el acusado.

Y había aprendido que la diferencia entre condenar y entender no es una diferencia de simpatía. Es una diferencia de método. Condenar es fácil y produce la satisfacción rápida de tener un culpable. Entender es difícil y produce algo más incómodo: la conciencia de que las mismas condiciones que produjeron a Santa Anna pueden producir a alguien parecido, y que la única manera de evitarlo no es enseñar a los niños que los traidores existen, sino enseñarles a reconocer las condiciones que los hacen posibles.

Esto no es una defensa de Santa Anna.

Es una defensa del método.

Rodrigo terminó el café. Pagó. Salió a la calle.

Pasó frente a una escuela secundaria donde los niños estaban en recreo. El ruido de los niños en el patio tenía esa intensidad sin propósito que solo tienen los niños y el mar. Uno de ellos llevaba una mochila con la imagen de un personaje histórico serigrafiada. Rodrigo no pudo ver bien de quién era. El niño desapareció entre los demás antes de que pudiera acercarse.

No importaba.

Lo que importaba era que ese niño, en algún momento de su vida, iba a tener que aprender historia. Y la historia que aprendiera iba a depender de quién se la contara y con qué propósito y con qué documentos y con cuánta honestidad.

Y esa era una decisión que no tomaba ningún muerto.

La tomaban los vivos. Siempre los vivos.

Rodrigo caminó de regreso a la universidad con las manos en los bolsillos y la lluvia de Xalapa en los hombros, pensando en que la historia es siempre una conversación entre los que ya no pueden hablar y los que todavía tienen que decidir qué hacer con lo que escucharon.

Y que esa conversación, mientras haya gente dispuesta a tenerla con honestidad, no termina.

Como siempre en México.

Como siempre.

—FIN